



# LA RECUPERACIÓN DEL PALACETE UNA INTENSA HISTORIA



# LA RECUPERACIÓN DEL PALACETE UNA INTENSA HISTORIA

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ CÁRCELES\*  
*Escuela Técnica Superior de Arquitectura  
Universidad Politécnica de Madrid*

Fruto de la iniciativa puesta en marcha por Presidencia del Gobierno de España, podemos tener hoy en nuestras manos el facsímil de este interesante libro firmado por Ezquerro del Bayo y publicado en 1929, con motivo de la conclusión de las obras de restauración del palacete de la Moncloa, realizadas por la Sociedad Española de Amigos del Arte.

Este libro representó la culminación de un sueño, el de un grupo de entusiastas que consiguió recuperar un edificio histórico entonces abandonado, para poderlo abrir al público como Museo. Con arduo esfuerzo realizaron el complejo trabajo de investigación histórica y artística que se requirió para reconstruir tanto sus elementos arquitectónicos como decorativos. Dicha recuperación lo devolvió a su mejor época, la que vivió a finales del siglo XVIII cuando fuera propiedad de la duquesa de Alba, si bien algunos de sus elementos datan de las épocas de Carlos IV y Fernando VII. Para decorar sus estancias se contó con los donativos de numerosos particulares, que cedieron cuadros, muebles, telas, ropas y otros enseres. Fue un generoso esfuerzo dirigido a crear un lugar de especial belleza, acrecentada por su idílica situación, ya que el palacete estaba rodeado por hermosos jardines, que pocos años antes también habían sido restaurados.

Para conocer sus orígenes habría que remontarse al siglo XVII, cuando empezaron a delimitarse las propiedades que más adelante, durante el reinado de Carlos IV, conformarían el Real Sitio de La Florida y La Moncloa. Se hallaban situadas en la ribera izquierda del río Manzanares y abarcaban un área que se extendía desde el Palacio Real, junto a la Montaña del Príncipe Pío, hasta el Palacio de El Pardo, lo que permitía al Rey desplazarse de uno a otro sin dejar de pisar sus dominios.

Tan extensa superficie incluía numerosas huertas, con sus casas, molinos y «casas palacio» o palacetes, que con el paso del tiempo fueron cambiando de dueños, de linderos y recibieron distintas denominaciones, lo que hoy en día puede producir cierta confusión. Para comprenderlo mejor, es recomendable la lectura del libro *El Real Sitio de La Florida y La Moncloa. Evolución histórica y artística de un lugar madrileño*, Madrid, 1999, de María Teresa Fernández Talaya, que recoge con detalle la historia de dichas propiedades<sup>1</sup>; pero cabría hacer una síntesis señalando la evolución sufrida por los tres principales lugares que conformaron el Real Sitio:

El primero de ellos es el más próximo al Palacio Real. Se trata de la huerta de la Florida, que estaba situada junto al río, en la parte baja de la que se conocía como Montaña del Príncipe Pío. Dicha huerta perteneció en 1613 a Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo y, después de varias transmisiones, fue comprada en 1647 por Francisco de Moura, que sería desde 1651 marqués de Castel Rodrigo. El marqués hizo construir un Palacio, que decoró cuidadosamente, embelleció sus jardines con fuentes y estatuas traídas de Italia, que conocemos en parte por las descripciones de ilustres visitantes de su época<sup>2</sup>, y fue ampliando la finca con sucesivas adquisiciones, entre ellas la de la huerta adyacente, llamada de la «Salceda» o «Buitrera»<sup>3</sup>. Una parte de estas tierras junto con otras próximas, serían adquiridas por Carlos IV en 1786 para levantar el convento e iglesia de San Pedro de Alcántara, de los Padres



Retrato de Joaquín Ezquerro del Bayo (1863-1942), miembro de la Real Academia de Bellas Artes y experto en el arte español de los siglos XVIII y XIX. Publicado en *Blanco y Negro*, Madrid, 1 de diciembre de 1929. Archivo Espasa.

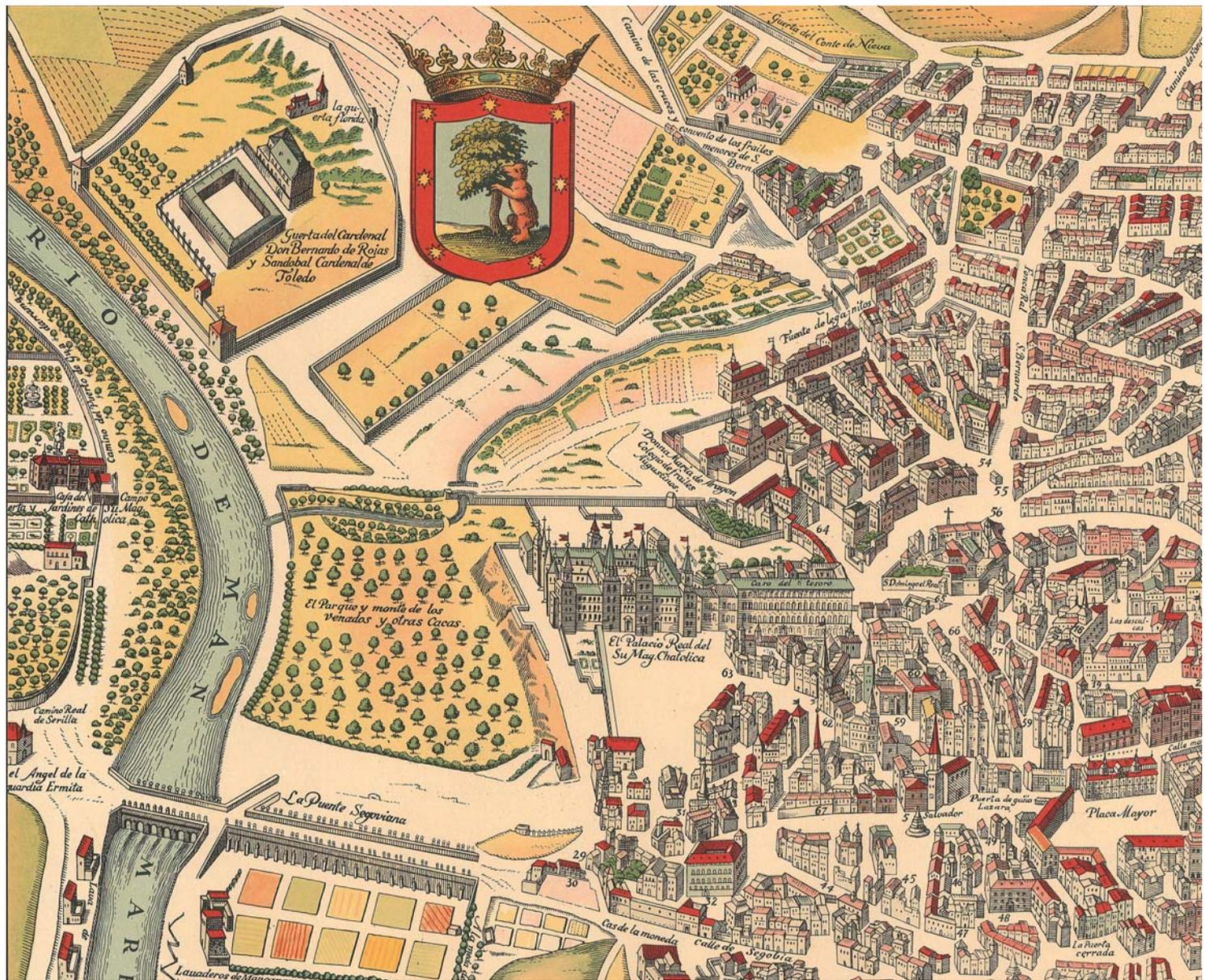
En la página anterior, una vista del palacete, pintada al temple por Brambilla para la antesala de Lacayos y utilizada para su restauración. Archivo General de la Administración, sig. 00655.

\* Con la colaboración de Concepción Conquero Jiménez.

<sup>1</sup> Véase también el libro de José Luis SANCHO GASPAS, *La arquitectura de los Sitios Reales. Catálogo histórico de los palacios, jardines y patronatos reales del Patrimonio Nacional*, Madrid, Tabacalera, 1995.

<sup>2</sup> FERNÁNDEZ TALAYA, *El Real Sitio...* pág. 99.

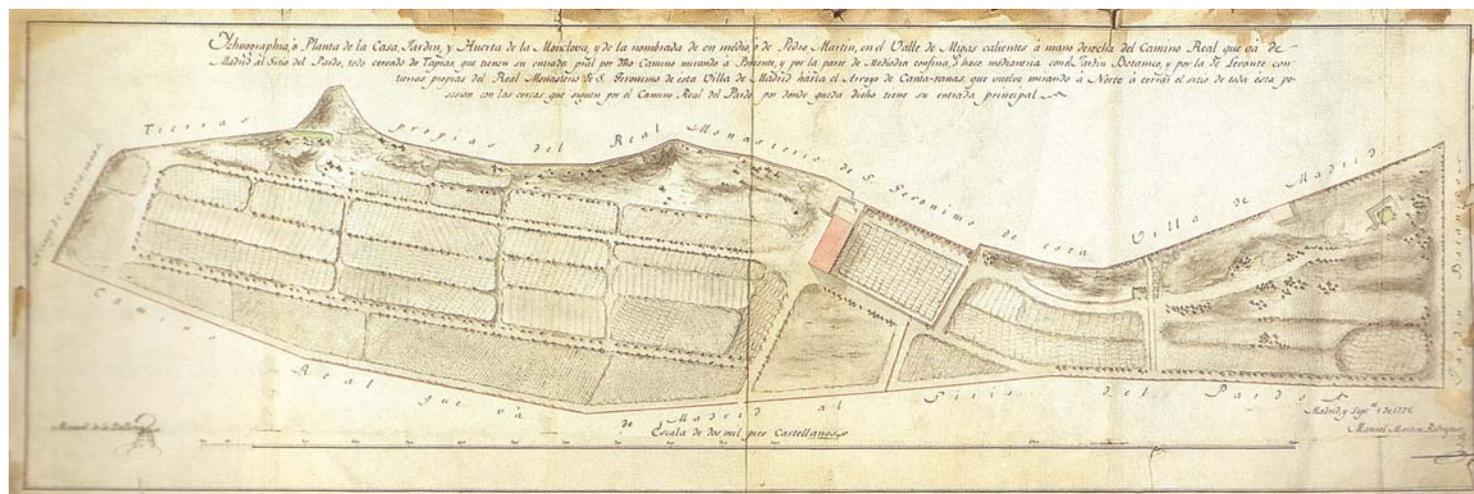
<sup>3</sup> Entre las adquisiciones del marqués se cuentan las huertas de la marquesa de Villahermosa, Muriel, Valdemoro, Juana de la Espada, las Minas y Marcos Sabugal. *Ibidem*, págs. 54-57.



En este plano de Madrid de 1635 aparece en la esquina superior izquierda, junto al río Manzanares, «la Guerta del Cardenal Don Bernardo de Rojas y Sandobal, Cardenal de Toledo» y «la Guerta Florida». La Villa de Madrid Corte de los Reyes Católicos de España hacia 1635. F. de Wit Encudit Amstlodami. Reproducción: Talleres del Servicio Geográfico del Ejército, 1960.



Palacio de la Florida, construido por Francisco de Moura, marqués de Castel Rodrigo, en la huerta de la Florida. Copia del original que se encuentra en el Palacio de Mombello, Imbersago, Lombardía, Italia. Ayuntamiento de Madrid, Museo de Historia, IN 1780.



Franciscanos, edificio proyectado por Sabatini que no se llegó a construir, pues en 1789, con los cimientos ya realizados, se decidió destinar el solar al Cuartel de Caballería de San Gil<sup>4</sup>. Al poco tiempo, en 1792, Carlos IV pudo adquirir toda la finca de la Florida a Isabel María Pío de Saboya, marquesa de Castel Rodrigo y heredera de su mayorazgo; ese mismo año compró además las huertas próximas de Romanillos y Junquera, quedando todas ellas incluidas en el Real Sitio de la Florida –sin embargo, una parte de la finca se perdería en 1830, cuando Fernando VII decidió ceder en usufructo la Montaña del Príncipe Pío al Infante Francisco de Paula, separándola del Real Sitio–.

Siguiendo el camino del Pardo junto al río Manzanares, se encontraba un poco más al norte el segundo lugar de interés: la «Huerta de Fuente El Sol», que fue en tiempos propiedad de Felipe II. Su hijo Felipe III tuvo que cedérsela en 1613 a varios capitanes como pago por servicios militares prestados a su padre. Al año siguiente la compró Juana Manrique de Lara, condesa de Valencia, que amplió la propiedad con la adquisición del prado y arroyo de Cantarranas al monasterio de San Jerónimo<sup>5</sup>. Su heredera fue María de Rojas Manrique de Lara, casada entonces con Antonio Portocarrero, conde de la Monclova, nombre al que se debe que la finca terminara llamándose de la Moncloa. La huerta pasó en 1660 a ser propiedad de Gaspar de Haro y Guzmán, marqués del Carpio y de Eliche, quien también adquiriría la heredad de Cantarranas, la huerta de Pedro Martín y, por donación real, el soto y molino de Migas Calientes<sup>6</sup>. El marqués coleccionaba obras de arte y desempeñó en sus propiedades de la Moncloa el mismo papel benefactor que Francisco de Moura desempeñara en el primer Palacio de la Florida<sup>7</sup>. A su muerte, su única hija y heredera Catalina de Haro y Guzmán se vio obligada a vender a Francisco de Argemir la Huerta de la Moncloa, el prado y arroyo de Cantarranas, la huerta llamada del «Medio» –la que fuera de Pedro Martín–, el soto de Migas Calientes y otras tierras. Sin embargo, la finca con la llamada «Casa Pintada», separada de la huerta de la Moncloa por el arroyo de Cantarranas y de la que se hablará más adelante, quedó fuera de la venta y se mantuvo en manos de Catalina. Durante años, la huerta de la Moncloa fue pasando por distintas manos, hasta terminar en 1792 en las de Godoy, quien se anticipó al Rey, que a la sazón se hallaba adquiriendo terrenos en esa zona. Godoy hábilmente se los cedió al monarca en 1795, quedando incorporados al Real Sitio de la Florida y, a cambio, el Rey le cedió a Godoy el Cortijo del Rey y el de Canosa, del Real Sitio de Aranjuez, haciendas de gran valor y muy productivas<sup>8</sup>.

El tercero de los lugares se encuentra más al norte siguiendo por el mismo camino y es el más interesante en cuanto a la historia del actual palacete. Se trataba de una huerta situada al norte del arroyo de Cantarranas que perteneció a Ana de Silva, condesa de Cifuentes, hasta que en 1606 pasó a manos de Antonio de Salinas y Ana Forquión. En 1610 la compró Álvaro de Benavides, que amplió la finca con algunos terrenos colindantes, al igual que luego hiciera su viuda<sup>9</sup>. Juan de Croy, conde de Sora, se hizo con los terrenos en 1628 y la huerta fue conocida a partir de entonces con su nombre. Hubo varias transmisiones más antes de que en 1660 la adquiriera Gaspar de Haro y Guzmán al tiempo que la huerta de la Moncloa. El Marques

La «Huerta de Fuente El Sol» en 1775. La leyenda indica: «Planta de la Casa, Jardín, y Huerta de la Monclova, y de la nombrada de en medio, ó de Pedro Martín, en el valle de Migas calientes a mano derecha del Camino Real que va de Madrid al Sitio de el Pardo, todo cercado de tapias que tienen su entrada principal por dicho Camino mirando a Poniente, y por la parte de Mediodía confina, o hace medianería con el Jardín Botánico, y por la parte de Levante con tierras propias del Real Monasterio de San Jerónimo de esta villa de Madrid hasta el Arroyo de Canta-ranas, que vuelve mirando a Norte a cerrar el sitio de toda esta posesión...». El norte se corresponde con la parte izquierda del plano. Plano de Manuel de la Ballina y Manuel Martín Rodríguez, 1775. Museo de Historia Municipal de Madrid, IN 25292.

<sup>4</sup> El cuartel estaba situado en la actual Plaza de España y fue demolido a principios del siglo XX.

<sup>5</sup> Joaquín EZQUERRA DEL BAYO, *El Palacete de la Moncloa*. Madrid, 1929, pág. 10.

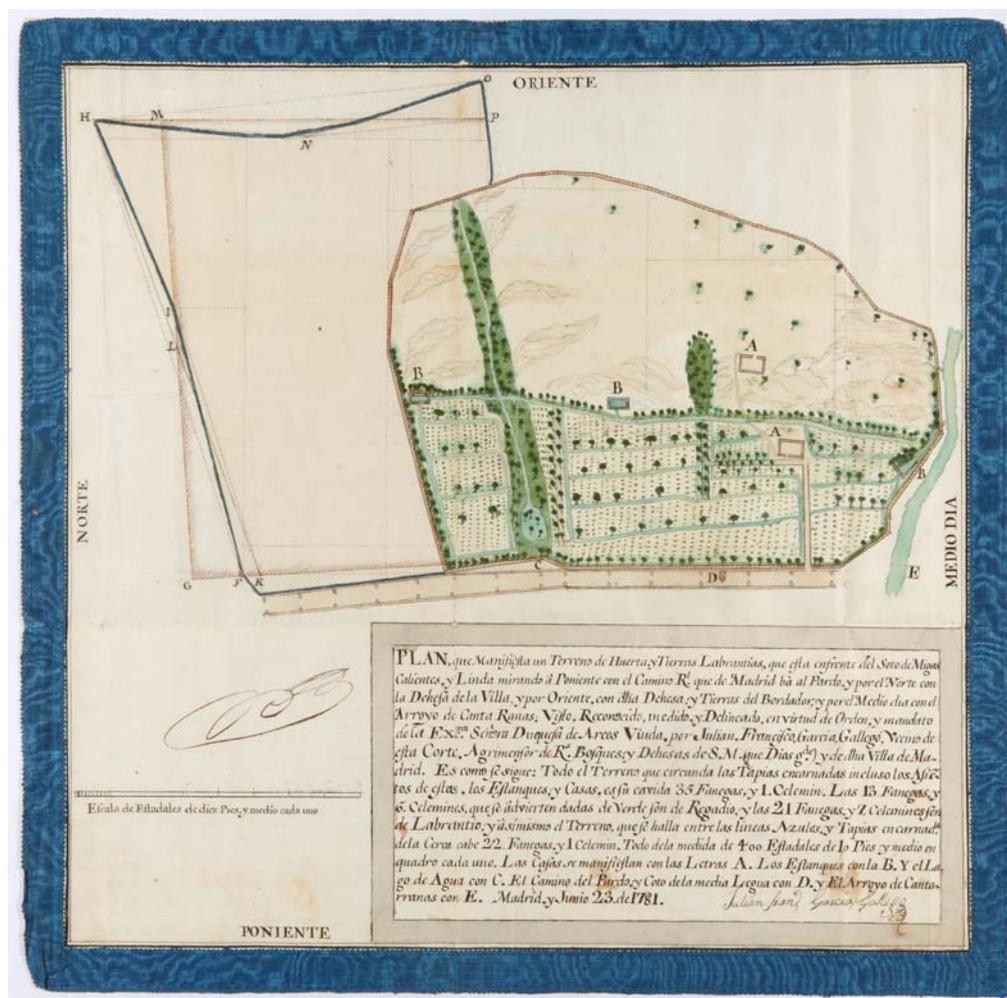
<sup>6</sup> FERNÁNDEZ TALAYA, pág. 129.

<sup>7</sup> La tasación de las propiedades a su muerte ha sido muy útil para conocerlas, destacando su colección de pinturas y su biblioteca. Las casas más importantes eran las llamadas «Casa Blanca» de 33 x 51 metros, la «Casa de la Huerta» de 16 x 8,6 metros, la «Casa Pintada» de 15,7 x 9 metros más un «ángulo a oriente» de 21,5 x 5,3 metros (en total 257m<sup>2</sup>), y la «Casa de la huerta de la Monclova» de 30 x 12 metros. *Ibidem*, págs. 134-135.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pág. 152.

<sup>9</sup> EZQUERRA DEL BAYO, pág.10. FERNÁNDEZ TALAYA, págs. 153-155.

La Huerta de Sora, que había sido anteriormente de Eliche y de Narros, es comprada en 1781 por la duquesa de Arcos y ese mismo año se rectifican las lindes de la propiedad, corrección que figura en este plano<sup>19</sup>. En la leyenda se indica que linda a poniente con el Camino Real, al norte con la Dehesa de la Villa, a oriente con otra Dehesa y Tierras del Bordador y por el medio día con el Arroyo de Canta Ranas. Las casas se señalan con la letra A, los estanques con la letra B, el lago de agua con la C, el Camino del Pardo con la D y el Arroyo de Canta Ranas con la E. El norte se corresponde con la parte izquierda del plano. Archivo de la Villa, Madrid, ASA 3-85-30. Fotografía de Pablo Linés.



del Carpio y de Eliche construyó en lo alto de la huerta la casa que fue llamada el Palacio<sup>10</sup>, el palacete de Eliche o la «Casa Pintada». A su muerte en 1687 la heredó su hija Catalina de Haro Guzmán, casada con Francisco Álvarez de Toledo, décimo duque de Alba, y la mantuvo hasta 1705, cuando se la tuvo que ceder por deudas a Jerónimo Francisco de Eguía, marqués de Narros<sup>11</sup>, por cuyo nombre también fue conocida.

Por entonces la huerta incluía tres casas, la principal situada en lo alto, la del hortelano y la del guarda; la cesión incluía 25 fanegas contiguas (unas 16ha) situadas fuera de la tapia, y el valioso derecho al uso parcial de las aguas del arroyo de Cantarranas. La casa principal contenía una excelente colección de pinturas descritas y tasadas en la cesión, lo que pudo haber sido la razón de que se la conociera como «Casa Pintada»<sup>12</sup> –Antonio Palomino Velasco, pintor del Rey encargado de dicha tasación, opinaba sin embargo que tal nombre provenía de la pintura al fresco de sus muros exteriores y los dibujos de unos relojes en su fachada<sup>13</sup>–.

En las décadas siguientes, la propiedad fue cambiando de manos al tiempo que aumentando su extensión<sup>14</sup>. Sabemos hoy, merced a una tasación solicitada en 1772 por Manuel Guerra Valera, marqués de Guerra y a la sazón propietario, que comprendía 13 fanegas de huerta de regadío y 22 de secano (en total unas 23ha) y que la casa palacio contaba con dos plantas y desván. Por entonces se rehicieron los tejados, se revocaron las fachadas, se eliminaron las grietas y se construyó una solera de protección perimetral<sup>15</sup>.

En 1781 compró la propiedad María Ana de Silva y Sarmiento, duquesa de Arcos, mujer inteligente y culta que acometió la reforma del palacio con la ayuda de su hermano menor Pedro de Silva<sup>16</sup>. Ezquerria nos dice que la decoración del palacio se realizó en el estilo pseudo-clásico francés que dominaba en la época, con motivos copiados de los hallados en Pompeya y Herculano<sup>17</sup>, con un esmero del que nos da cuenta al describir estancias como la sala de comedor, con su tribuna de los músicos y una escalera que conducía al piso superior, o el gabinete de los Estucos<sup>18</sup>.

<sup>10</sup> FERNÁNDEZ TALAYA, pág. 155.

<sup>11</sup> EZQUERRA DEL BAYO, pág. 16.

<sup>12</sup> FERNÁNDEZ TALAYA, págs. 157-163.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pág. 160.

<sup>14</sup> EZQUERRA DEL BAYO, pág. 16.

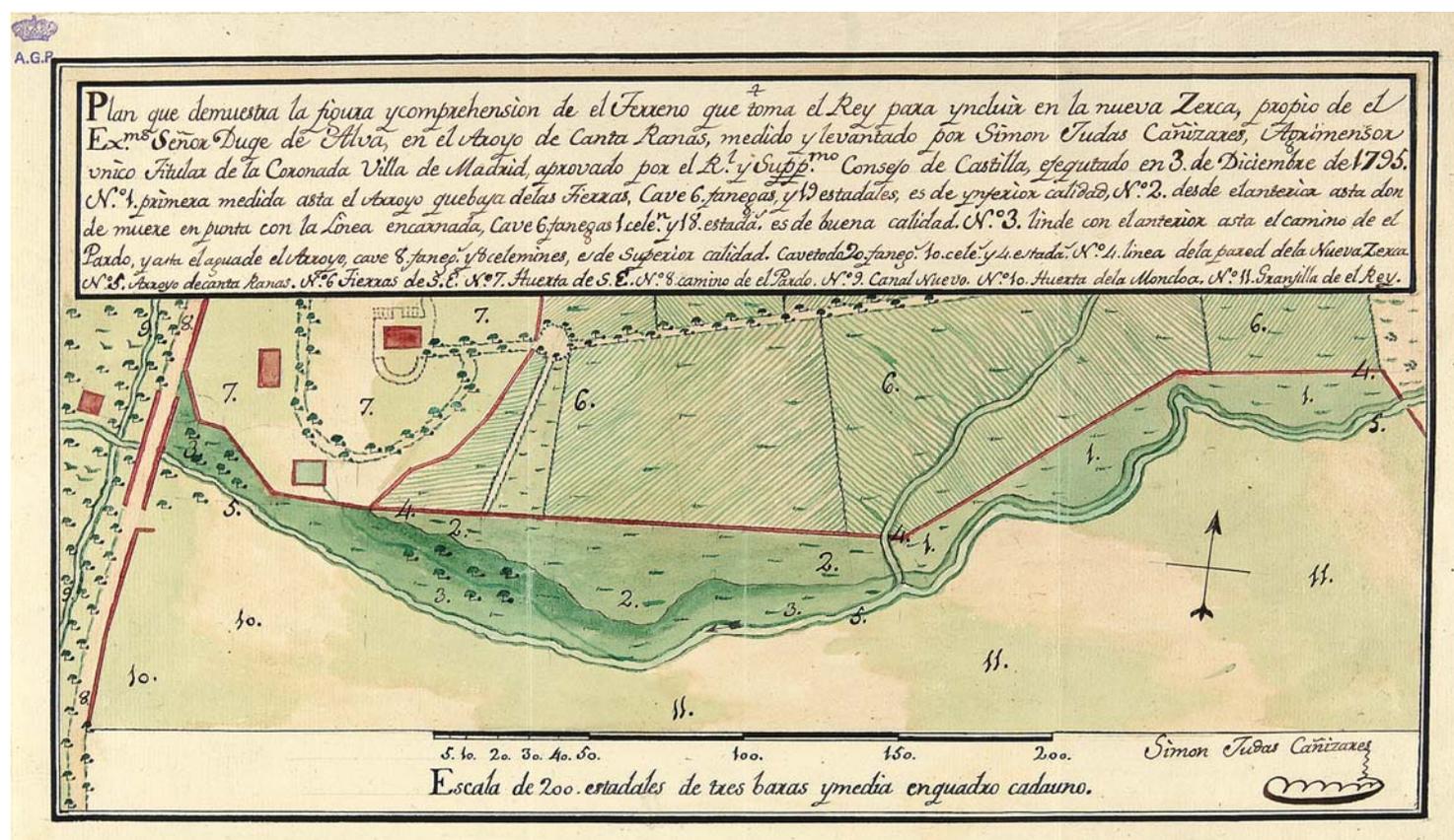
<sup>15</sup> FERNÁNDEZ TALAYA, págs. 168-171.

<sup>16</sup> Pedro de Silva y Sarmiento (1742-1808) fue primero brillante militar y después sacerdote, y tuvo un enorme prestigio artístico y científico. Fue bibliotecario mayor del Rey, académico de la Real Academia Española y de la de Bellas Artes.

<sup>17</sup> EZQUERRA DEL BAYO, págs. 18-19.

<sup>18</sup> *Ibidem*, págs. 18-19.

<sup>19</sup> FERNÁNDEZ TALAYA, pág. 173.



Tan sólo dos años después murió la duquesa y heredó la propiedad su hija María del Pilar Teresa Cayetana de Silva, duquesa de Alba, que prosiguió durante dieciocho años el trabajo que iniciara su madre, embelleció los jardines y mandó construir una cueva que corría «casi debajo del Palacete» —según Ezquerria—, donde estableció una mantequería que abastecía de mantequilla diariamente a su palacio de la calle Barquillo<sup>20</sup> —esta cueva sería conocida dos siglos más tarde como «la bodeguia»—. En 1789 el duque de Alba incorporó a la propiedad la huerta colindante de El Bordador, de 186 fanegas<sup>21</sup> (unas 120ha), que había pertenecido a Gaspar de Haro.

En 1795 Carlos IV, que por la cesión de Godoy se había hecho ya con la huerta de la Moncloa, procedió a ampliar el Real Sitio adquiriendo los terrenos que precisaba para unir La Florida con el Pardo y, así, compró la huerta de los Almendros a la familia de los condes de Noblejas, el Jardín Botánico de Migas Calientes a la marquesa de González de Castejón y un terreno en el arroyo de Cantarranas al duque de Alba<sup>22</sup>. Al año siguiente, el de la muerte del duque, se realizó una permuta en la que intervinieron la Corona, el Ayuntamiento de Madrid y la casa de Alba, mediante la cual el Rey adquirió 20 fanegas más de la falda meridional del arroyo de Cantarranas. Tras la muerte de la duquesa en 1802, Carlos IV comunicó a los herederos su determinación de comprar toda la huerta<sup>23</sup>, con lo que el Real Sitio de la Florida se acercaría a alcanzar su máxima extensión, que conseguiría cinco años después con la adquisición a la villa de Madrid de la dehesa de Amaniel o dehesa de la Villa.

A partir de entonces el palacete será conocido como de Alba, de la Florida<sup>24</sup> o de la Moncloa<sup>25</sup>, al recibir el nombre del conjunto de la propiedad real.

Por fortuna, en su descripción del palacete, Ezquerria pudo distinguir las obras realizadas por la duquesa de las posteriores iniciadas en tiempos de Carlos IV, gracias a la tasación realizada con motivo de su venta al monarca y en la que intervino Goya para dirimir diferencias en la valoración de las pinturas<sup>26</sup>. Según dicha tasación existían una casa principal que ocupaba 7.260pies<sup>2</sup> (553m<sup>2</sup>) con dos plantas y buhardilla, y una casa de labor que ocupaba 111.672pies<sup>2</sup> (8.507m<sup>2</sup>) y comprendía tres construcciones para los guardas y operarios, cocinas, almacenes, cuadras y cocheras; también aparecen el jardín del Cenador, el estanque de la Fuente nueva, el de los Barbos y algunas calles y caminos que existían por entonces<sup>27</sup>.

Plano levantado por Simón Judas Cañizares en 1795 de los terrenos comprados por el Rey al duque de Alba en el arroyo de Cantarranas. La leyenda indica la superficie de los terrenos que toma el Rey de la propiedad del duque de Alba. El norte se corresponde con la parte superior del plano. Patrimonio Nacional, Archivo General de Palacio, sig 5897.

20 EZQUERRA DEL BAYO, págs. 20 y 38.

21 FERNÁNDEZ TALAYA, pág. 176.

22 Ibídem, págs. 177 y 191-193.

23 Ibídem, págs. 177-180.

24 Según la descripción del Real Sitio por Pascual Madoz. FERNÁNDEZ TALAYA, pág. 224.

25 Según consta en facturas de trabajos realizados para el «Palacio de la Moncloa» que en realidad correspondían con el de Alba. FERNÁNDEZ TALAYA, pág. 298.

26 EZQUERRA DEL BAYO, págs. 31-38.

27 La superficie del palacete concuerda con la obtenida midiendo a escala (32 x 16 metros aproximadamente) en la foto aérea y el plano parcelario del Ayuntamiento de Madrid de 1929, año de la restauración. Véase la tasación en EZQUERRA DEL BAYO, apéndices págs. 3-22.



Capilla de San Fernando al final de la guerra civil. Se aprecia su precario estado, lo que obligó a su demolición. Biblioteca Nacional, Guerra Civil, caja 61.

28 EZQUERRA DEL BAYO, págs. 23 y 32.

29 FERNÁNDEZ TALAYA, pág. 297.

30 *Ibidem*, pág. 295.

31 *Ibidem*, pág. 296.

32 *Ibidem*, pág. 300.

33 EZQUERRA DEL BAYO, pág. 27.

34 FERNÁNDEZ TALAYA, págs. 308-312.

35 *Ibidem*, pág. 322.

36 *Ibidem*, pág. 322.

37 *Ibidem*, págs. 313-315.

38 Las fuentes eran las de la charca de la Puerta de Hierro, el estanque Grande, los Barbos, el Desmayo, la Fábrica de Loza, Huertezuelos, Moncloa, Jesús, San Antonio, Damas, Belén y Cenador. *Ibidem*, pág. 315.

39 *Ibidem*, págs. 315-318.

40 Según José Luis SANCHO GASPAS es posible que Isidro Velázquez interviniese en la adición del ático, las torres y la linterna de media naranja de la fachada. Véase «Sitios Reales. Arquitectura y decoración interior», *Isidro Velázquez, Arquitecto del Madrid Fernandino*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2009, pág. 358.

41 Una de esas ampliaciones fue la proyectada en 1845 por el arquitecto mayor Narciso Pascual y Colomer. FERNÁNDEZ TALAYA, págs. 323-324. AA.VV., *Narciso Pascual y Colomer (1808-1870), Arquitecto del Madrid isabelino*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2007, pág. 232.

42 FERNÁNDEZ TALAYA, pág. 325.

43 *Ibidem*, pág. 328.

44 *Ibidem*, pág. 328.

45 EZQUERRA DEL BAYO, págs. 28-29.

46 Las propiedades reales se vieron afectadas por las siguientes leyes: el art. 21 de la Constitución de Bayona de 6.7.1808, el Decreto de las Cortes de Cádiz de 28.3.1814, el de Fernando VII de 30.5.1820 y las Constituciones de 1837 y 1845. Véase Miguel FERNÁNDEZ DE SEVILLA MORALES, *La Ciudad Universitaria de Madrid, 80 años de historia*, Madrid, Edisofer, 2008.

Carlos IV realizó algunas modificaciones en las habitaciones llamadas de Pedro de Silva para utilizarlas como despacho personal, puso una escalera de caracol de caoba en el vestíbulo e hizo algunos otros cambios de menor importancia<sup>28</sup>.

Cuando en 1808 el palacete fue ocupado por el general Murat, se acometieron muy pocas reformas, ya que apenas permaneció dos semanas en él<sup>30</sup>. Fue José I, hermano de Napoleón, quien ordenó renovar la decoración del edificio, de la que se encargó el arquitecto y pintor francés Juan Dugourc, según recoge el Archivo General de Palacio<sup>31</sup>. A este respecto resulta muy valioso un informe del director de la Real Florida fechado en 1812, que incluye un inventario del palacete en el que se detallan todas las dependencias y su mobiliario<sup>29</sup>.

Ya en 1813 el arquitecto José Joaquín de Trocóniz informó del mal estado de las cornisas, los tejados, los zócalos exteriores, las bajantes y los muros y arcos de la mantequería<sup>32</sup>. Entre ese año y el siguiente se arrendaron las huertas y tierras de secano del Real Sitio, sin incluir ni los palacios, ni sus jardines, gracias a la intervención de Nicolás Cheli, responsable de La Florida. Pero el edificio del palacete fue sumiéndose en el abandono y en 1816 el encargado de su conservación se lamentó ante el mayordomo mayor, conde de Miranda, del olvido en que se encontraba<sup>33</sup> y ese mismo año se iniciaron unas obras de remodelación, dirigidas por el arquitecto mayor Isidro Velázquez. Se construyeron nuevos muebles, se tapizaron sofás y divanes y se renovaron los cortinajes, quedando encargado el pintor Fernando Brambilla de la realización de diversas pinturas para la decoración interior de las salas<sup>34</sup>; y así, en 1822 pudo ser habilitado para recibir a la princesa de Beira<sup>35</sup>. Sin embargo, en 1827, un nuevo informe de Isidro Velázquez consideraría muchos de sus elementos en estado de ruina, especialmente la fachada sur y el altillo sobre la portada, así como la cubierta y la balaustrada superior —que recomendó suprimir, además, por su carácter meramente decorativo—<sup>36</sup>.

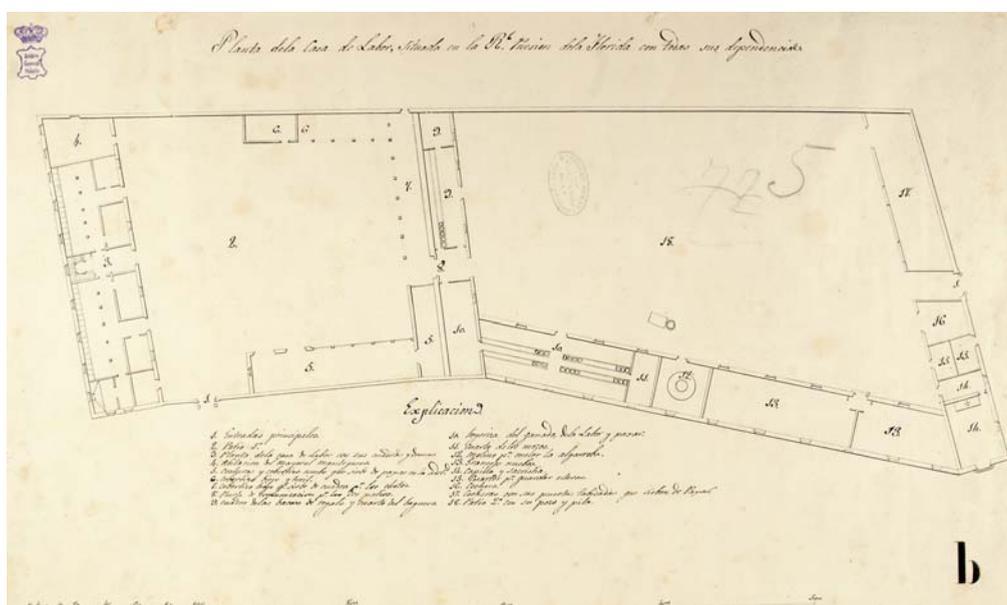
Por otro lado, también se acometieron profundas reformas a partir de 1816 en los jardines realizados en la época de la duquesa. Por orden de Isidro Velázquez se repararon cimientos y se realizaron desmontes y terraplenados, se construyeron dos cenadores de madera y se adornaron los jardines con estatuas, jarrones y otros elementos decorativos; por entonces se iniciaron los trabajos del estanque Grande, bajo la dirección del arquitecto Alfonso Rodríguez<sup>37</sup>.

Durante el trienio liberal (1820-1823), las obras quedaron paralizadas y no prosiguieron hasta 1829, año en que se terminó el estanque Grande. El conjunto comprendía entonces seis jardines, tres estufas, dos casitas de recreo, trece estanques —aparte del estanque Grande—, doce fuentes<sup>38</sup>, seis norias, y albergaba un palomar, una tortolera —en el jardín del Laberinto— y una jaula de pavo real, todo ello alimentado por distintos viales de riego, como nos describe con detalle Pascual Madoz<sup>39</sup>.

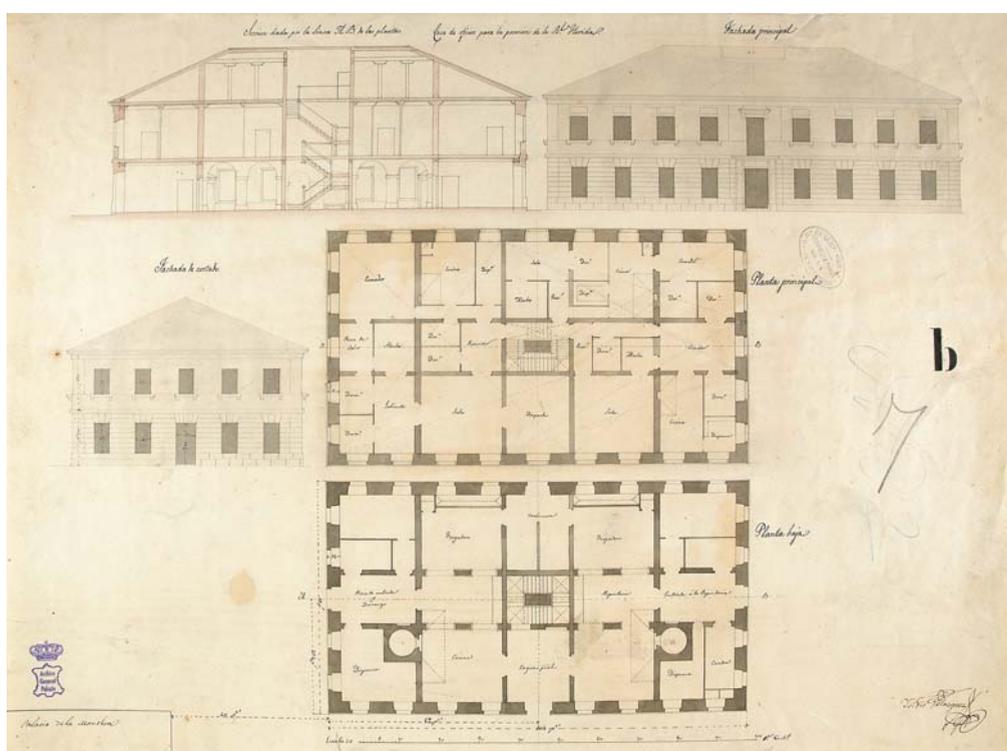
En su entorno fueron levantándose otros edificios, siendo el primero de ellos la capilla de San Fernando, encargada por Fernando VII en 1820 para los trabajadores, según proyecto de Alfonso Rodríguez<sup>40</sup>; tenía dos torres con un gran reloj en una de ellas. En 1833 Isidro Velázquez proyectó una vaquería junto a la capilla, aunque finalmente lo que se construyó fue un edificio bastante mayor de Juan de Blas Molinero, que fue sometido a varias ampliaciones y terminó formando la llamada casa de Labor<sup>41</sup>, gran conjunto de dependencias en el que la capilla remataba la esquina principal. También de 1833 data el proyecto que realizó Isidro Velázquez para la casa de Oficios. Dicho edificio, de 28 x 17 metros, se encontraba junto al palacete, en el lado oriental del jardín del Barranco, y una escalera central unía las zonas de trabajo de la planta baja con los dormitorios situados en la alta. Su construcción se dilató mucho en el tiempo, ya que en 1848 sólo tenía las paredes y la cubierta<sup>42</sup> y aún en 1855 seguía inacabada<sup>43</sup>.

Tras heredar el palacete la reina consorte María Cristina en 1833, resultó muy visitado por una joven Isabel II, que gustaba de jugar en sus jardines, especialmente en el que fuera llamado en su honor jardín de la Princesa<sup>44</sup>. Según Ezquerria, de dicha época es también el jardín del Barranco, que convirtió un lugar muy agreste en un sitio encantador, con dos planos unidos por una rampa de ladrillos que mostraba interesantes perspectivas<sup>45</sup>.

Las propiedades de la Monarquía empezaron a ser sometidas a discusión ya desde principios del siglo XIX<sup>46</sup>, pero sólo en 1865, con la llamada «Ley del Rasgo», se aprobó la primera medida que afectaba directamente a las de La Florida y la Moncloa. En el Título I, dicha ley enumeraba



Plano de la casa de Labor con todas sus dependencias. La capilla estaba en la esquina inferior derecha. Archivo General de Palacio, sig. 4565.



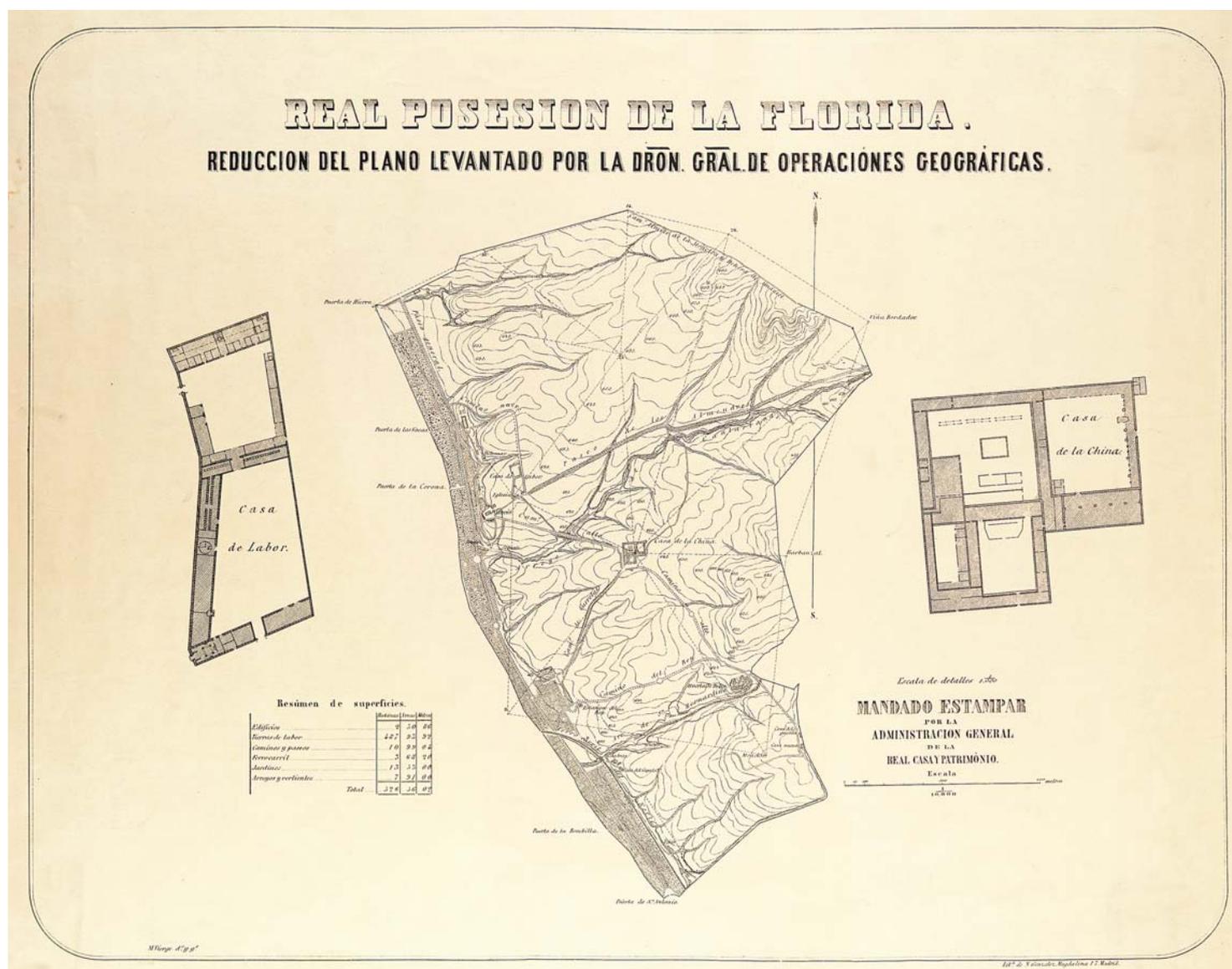
Proyecto para la casa de Oficios de Isidro Velázquez de 1833, iniciado por Custodio Moreno, su sucesor en el cargo de arquitecto mayor. En 1848 sólo se había concluido el cerramiento y la cubierta. En 1855 todavía estaba sin terminar. Archivo General de Palacio, sig. 4568.

los bienes de la Corona y señalaba la Casa de Campo y la Florida como Patrimonio Real, cuya enajenación debería ser autorizada por ley. Se distinguían también aquellas que podían segregarse de las mismas, como cuarteles y vías públicas, y se estableció el patrimonio privado del Rey, el que le correspondía con sus cargas y responsabilidades, como las de cualquier ciudadano. Finalmente, declaró enajenables los bienes segregados del Real Patrimonio, —todos los que no figuraban en el Título I— como predios rústicos y urbanos, adjudicando el 25% del importe de su venta a la Corona y el 75% al Estado<sup>47</sup>.

Tras la revolución de «La Gloriosa», que tuvo lugar en septiembre de 1868 y terminó con el reinado de Isabel II, el Gobierno Provisional entregó al Ministerio de Fomento<sup>48</sup> el sitio de la Florida con el propósito de instalar allí la Escuela Central de Agricultura, que se trasladaría desde su ubicación en «La Flamenca», finca próxima a Aranjuez. Este nuevo edificio se levantó sobre la fábrica de porcelana de «La China», y comenzó a funcionar con el nombre de Escuela General de Agricultura en 1880; a él se sumarían posteriormente el Campo de Riegos y la Estación de Ensayo de Máquinas. De la Escuela dependía la Granja de Castilla la Nueva, que ocupaba la casa de Labor y todos los terrenos y edificios adyacentes. Contaba con explotación ganadera, granja avícola, vaquería, secciones de enología y sericultura, talleres de carpintería

47 La llamada «Ley del Rasgo», aprobada el 12 de mayo de 1865, debe su nombre al título del artículo de Emilio Castelar publicado en el periódico *La Democracia*, el 25 de febrero de 1865, en el que ironizaba sobre la generosidad de Isabel II al beneficiarse del 25% del importe de las enajenaciones de las inmensas propiedades de la Corona, a lo que además había que añadir el hecho de que las mejores fincas, como el Valle de Alcudia y la finca de la Albufera, no podrían ser desamortizadas ya que Carlos IV se las había traspasado a Godoy y las poseían ahora sus herederos. Castelar fue destituido de su Cátedra, lo que dio origen a las protestas del 10 de abril de la «noche del Matadero» o «noche de San Daniel», en que murieron 14 personas.

48 Francisco Serrano, presidente del Gobierno Provisional y luego regente del Reino, creó el 14 de octubre de 1868 un Consejo para la Administración del Patrimonio de la Corona y mediante sendos decretos del 3 de noviembre de 1868 y del 28 de enero de 1869, el Gobierno cedió la Florida al Ministerio de Fomento. Posteriormente, la Constitución del 6 de junio de 1869 estableció un régimen monárquico acorde con las ideas liberales del momento. El 9 de junio las Cortes Constituyentes regularon el Patrimonio del Estado y el 18 de diciembre extinguieron el Patrimonio de la Corona, que pasó al Estado con excepción de los bienes de uso privado del Rey y los que se cedieran para usos comunes de la Corona. Sin embargo, con la Restauración Monárquica de 1874, la Casa Real recuperó por Decreto del 14 de enero de 1875 la administración de los bienes que la ley de 1869 destinaba a uso Real, pero que eran administrados por el Ministerio de Hacienda —entre esos bienes ya no figuraba la Florida, que había sido cedida a Fomento el año anterior—. Por otro lado, la Ley de 26 de junio de 1876 restituyó al Patrimonio de la Corona todos los Palacios y Sitios Reales enumerados en el Capítulo I de la ley de 1865, con excepción de los que hubieran sido enajenados o dedicados a servicios públicos. En resumen, el palacete y los terrenos de la Florida y la Moncloa se cedieron en 1868 al Ministerio de Fomento y no retornaron a la Casa Real.



Real posesión de la Florida. Plano levantado por la Dirección General de Operaciones Geográficas h.1865. Señala la situación del Palacio, la casa de Labor, la Capilla y la Casa de la China. Archivo General de Palacio, sig. 509.

y forja, un museo de maquinaria y amplias zonas de cultivo. Fue la Escuela de Agricultura el primero de los edificios construidos en lo que más tarde sería la Ciudad Universitaria –cuya primera Facultad, la de Filosofía y Letras, sería inaugurada el 15 de enero de 1933–.

Mientras tanto, el palacete se fue sumiendo en un creciente abandono durante toda la segunda mitad del siglo XIX, que persistió hasta bien entrado el siglo XX, a pesar del uso esporádico que hicieron de él Sagasta, Cánovas y Canalejas, del que fue rescatado cuando en 1918 el Ministro de Fomento encargó a la Sociedad Española de Amigos del Arte su restauración y amueblamiento.

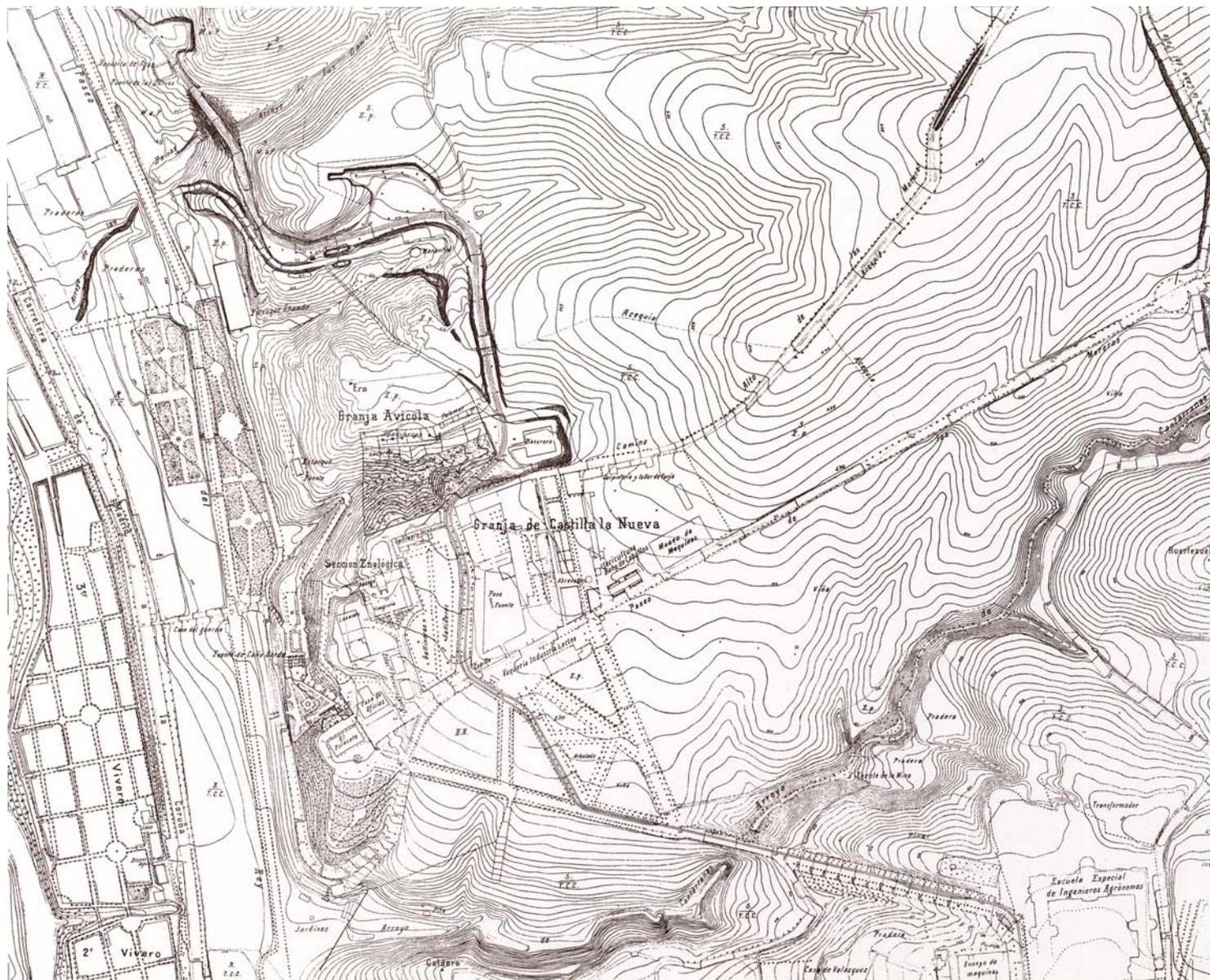
De ese encargo surgió una investigación de diez años que permitió recuperarlo con el esplendor que tuvo en su mejor época, la de la duquesa de Alba. Su inauguración, prevista en un principio para el mes de abril de 1928, centenario de la muerte de Goya, tuvo que retrasarse hasta el 20 de junio de 1929<sup>49</sup>. En el libro de Ezquerria se explican detalladamente todas las reparaciones acometidas, sala por sala, pero destacaríamos especialmente los trabajos de restauración de la alcoba y antealcoba de la duquesa, en los que se descubrió la decoración en estilo helénico de la duquesa de Arcos, por debajo de la que realizara su hija.

La decoración de la duquesa de Alba recreaba una habitación rodeada de árboles, contemplados a través de ventanas delicadamente pintadas en las paredes con sus persianas entreabiertas, así como a través de una cancela de hierro, asimismo pintada sobre la puerta que la unía con la sala de los Estucos, con la peculiaridad de que se simulaba el día en la antealcoba y la noche en la alcoba<sup>50</sup>. Por fortuna la pintura de la cancela de hierro fue cubierta con un lienzo blanco cuando Brambilla redecoró la antealcoba en 1817, lo cual la preservó hasta su recuperación por parte de Ezquerria<sup>51</sup>.

<sup>49</sup> ABC, 20 de junio de 1929, pág. 22.

<sup>50</sup> EZQUERRA DEL BAYO, pág. 20.

<sup>51</sup> Ezquerria señala que la fina ejecución de esta pintura le recuerda el fondo de alguno de los cartones de Goya. EZQUERRA DEL BAYO, págs. 27-28. Winthuysen también pensaba que la mano de Goya tenía algo que ver con esa pintura. XAVIER DE WINTHUYSEN, *Jardines Clásicos de España, Castilla*, Madrid, Industrial Gráfica, 1930, pág. 128.



El Patronato del Palacete de la Moncloa había tomado la decisión en 1920 de restaurar el jardín del Barranco, cedido en 1918, junto al palacete, a la Sociedad Española de Amigos del Arte, y en 1922 Xavier de Winthuysen, que había ya dibujado minuciosamente los jardines de la Moncloa, se encargó de ello. Según su propia descripción, se encontraba muy abandonado pero mostraba una belleza natural algo salvaje:

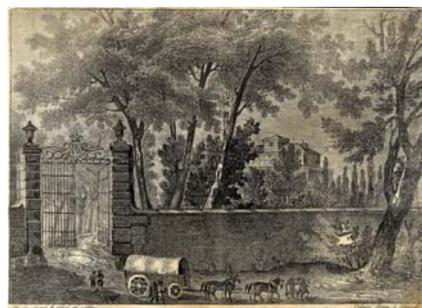
El palacio, por su parte posterior, está sobre una terraza; balcón frontero a la sierra, coronado por baranda de hierro y pilares de granito, con remate de bolas de la misma piedra, a estilo escorialense; semejante a los que vemos en la Zarzuela y en las terrazas del de Chamartín de la Rosa, su fuerte muro de contención vuelve en escuadra, formando amplia escalera, que en una segunda vuelta baja a la explanada de la mantequería, que está debajo de dicha terraza, y desde aquí se descendía a un barranco.

En el reinado de Fernando VII se hizo el relleno del barranco y se formó el jardín de este nombre, acabándose de cercar con muros, siguiendo el orden del de la terraza y del que lo separaba del paseo alto, todos de ladrillo y granito y adornados de bolas, lo mismo que los antepechos y pilastras, que forman la rampa que lleva desde la mantequería a la planta baja. En estampas antiguas se ve que coronaban estatuas parte de estos muros, pero cuando lo hemos conocido no había otro detalle que un estanquito circular en el plano bajo, con anillo de granito, y una columna de la misma piedra en medio con un adorno de plomo, de donde brotaba el surtidor. El trazado de los dos planos del jardín era moderno y de mal gusto, con praderitas y calles sinuosas, y había en él grandes coníferas, weligtonias, cedros, pinzapos, otros árboles y frondosos arbustos y trepadoras que casi lo cubrían, y estaba todo ello en un gran estado de abandono, pero no exento de encanto poético<sup>52</sup>.

Winthuysen desbrozó el jardín respetando el quehacer de la naturaleza, mantuvo los gruesos muros y las grandes coníferas existentes, que habían sustituido a los parterres originales y, en un

En el plano de 1929 se aprecia el palacete, el jardín del Barranco, la casa de Oficios, la fuente del Caño Gordo y las instalaciones de la Granja de Castilla la Nueva. Las curvas de nivel señalan lo abrupto de la zona de los jardines. En la esquina de la casa de labor aparece la capilla de San Fernando. En aquella época la línea del tranvía llegaba directamente desde la Escuela de Ingenieros Agrónomos. Ayuntamiento de Madrid. Plano topográfico y parcelario. Ayuntamiento de Madrid, 1929.

<sup>52</sup> WINTHUYSEN, pág. 129.



El palacete desde la puerta de la Corona, dibujo de Pic de Leopol y litografía de Urbano López, hacia 1850. Archivo General de la Administración, sig. 00655.



Fachada del palacete. Ezquierda quitó más tarde la figura del discóbolo y la substituyó por un jarrón de piedra. AGA, sig. 00655.



Fachada y valla de cerramiento del palacete. Fotografía de Fernando López Beaubé. Colección Pablo Linés.



Fachada del palacete. AGA, sig. 1438.



Foto de 1820 de la fachada posterior, antes de la restauración del edificio. WINTHUYSEN, *Jardines Clásicos...*

<sup>53</sup> Ez WINTHUYSEN, págs. 129-131.

<sup>54</sup> Los jardines se abrieron al público en 1925. *Blanco y Negro*. 2 de agosto de 1925, págs. 41-45.



Vestíbulo. Fotografía de Cortés. AGA, sig. 00655.



Tocador. Fotografía de Cortés. AGA, sig. 00655.



Gabinete. Fotografía de Cortés. AGA, sig. 00655. Sala de comer. Fotografía de Cortés. AGA, sig. 00655.



Tribuna de la Música en la sala de comer. Fotografía de Cortés. AGA, sig. 00655.



Antealcoba. Fotografía de Cortés. AGA, sig. 00655.



Sala de Estucos. Fotografía de Cortés. AGA, sig. 00655.



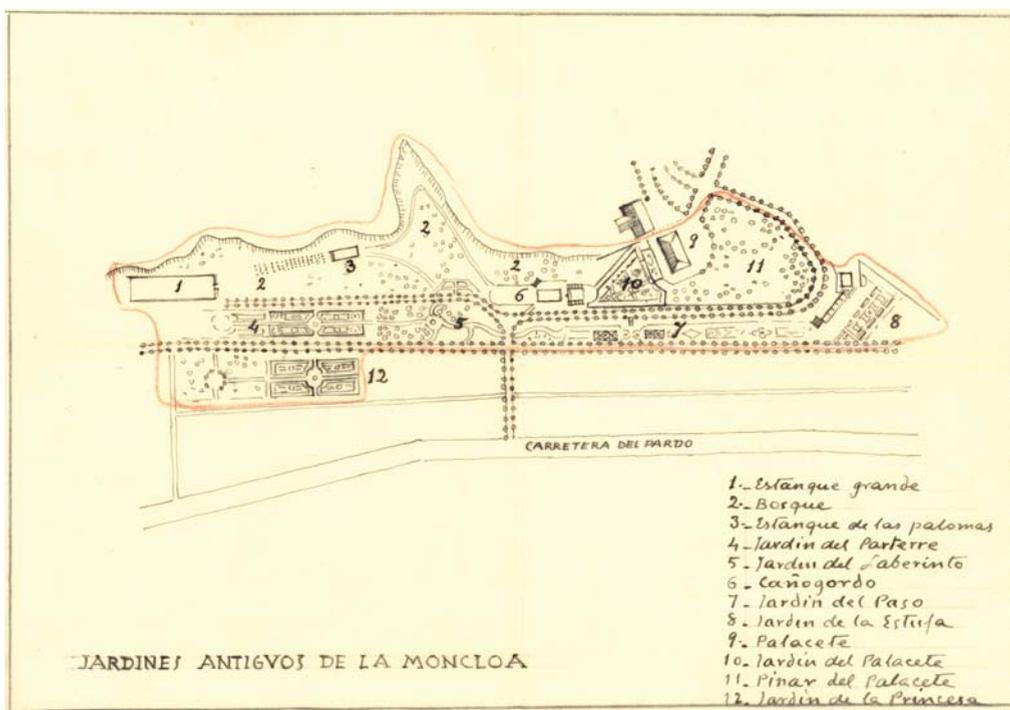
Antesala de Lacayos. Fotografía de Cortés. AGA, sig. 00655.



Sala de Caoba. Fotografía de Cortés. AGA, sig. 00655.

delicado trabajo repleto de compromisos, proyectó un nuevo trazado de estilo clásico utilizando las reglas antiguas de la jardinería castellana.

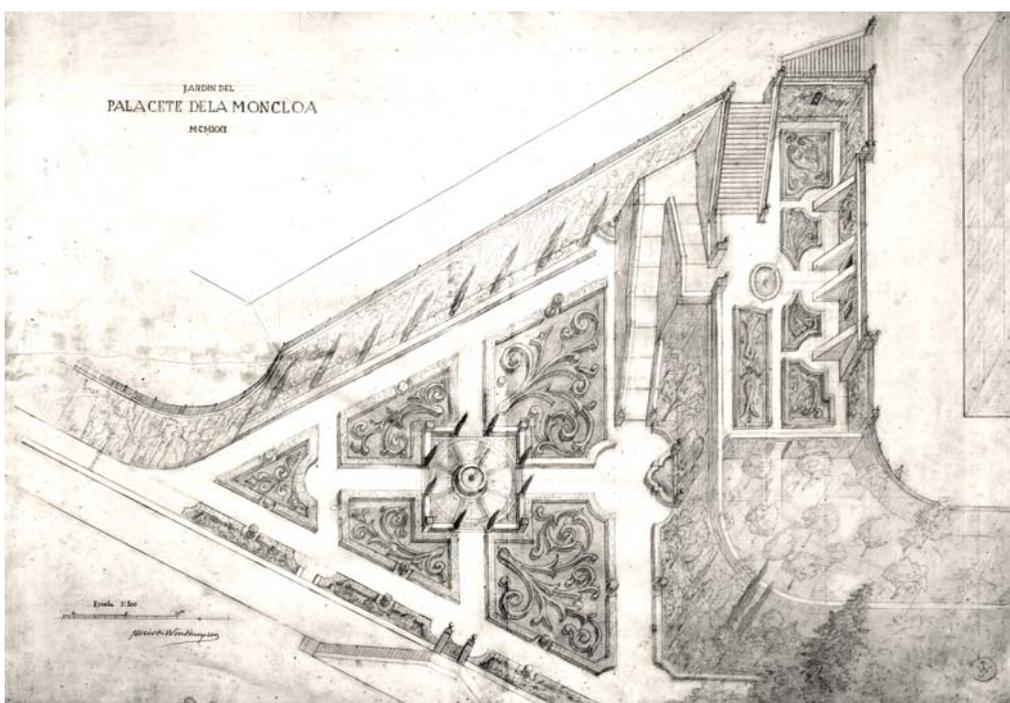
En el jardín del Barranco recuperó la rampa que unía sus dos planos, «convertida torpemente en escalera, perdiéndose los planos que acusaba el antepecho»; construyó una fuente nueva en el jardín Alto y otra adosada al muro en el jardín Bajo, que servían también como depósitos de agua de riego, y eliminó la maleza que cubría los muros, revistiéndolos de enverjados para rosales<sup>53</sup>. El resto de los jardines que describiera en sus dibujos —el de la Princesa, el del Parterre, el del Caño Gordo, el del Paso, el de la Estufa y el del Laberinto— fueron todos ellos renovados entre los años 1924 y 1925 por el ingeniero agrícola Baldomero Gaspar, que contó con el apoyo del director del Instituto Agrícola de Alfonso XII, Ignacio Victor Clario<sup>54</sup>.



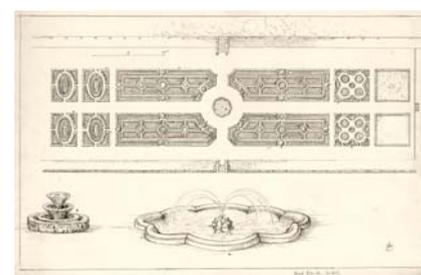
Jardines de la Moncloa, plano general dibujado por Winthuysen. Archivo del Jardín Botánico, sig. WintDib2 009.



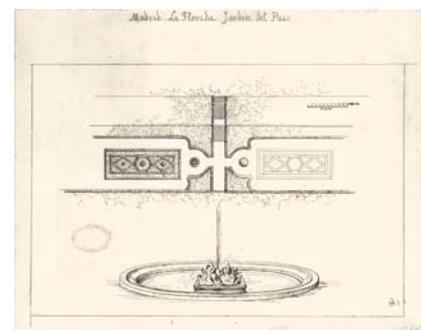
Xavier de Winthuysen Losada (1874-1956), pintor sevillano especialista en jardines históricos. Archivo del Jardín Botánico, CSIC, sig. Div IX, 2, 22.



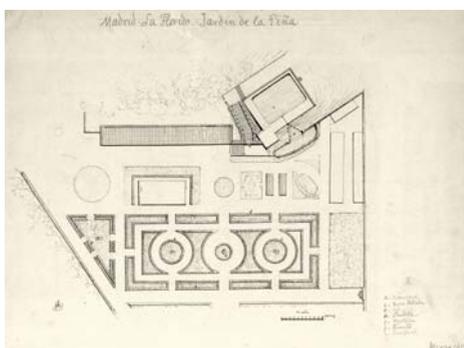
El Jardín del Barranco. Desde las terrazas del palacete, a la derecha de la imagen, una escalera descendía al jardín Alto, lugar donde se encontraban la mantequería y una fuente central. Desde allí, una rampa en dos tramos conducía al jardín Bajo, que tenía una fuente adosada al muro y otra circular en el centro. En el lateral -abajo en la imagen- una escalera doble comunicaba con el jardín del Paso. Finalmente, otra larga rampa bajaba desde el palacete, por el borde del barranco, hasta la fuente de los Caños -en el lado izquierdo, fuera de la imagen-. Archivo del Jardín Botánico, sig. WintDib2 001.



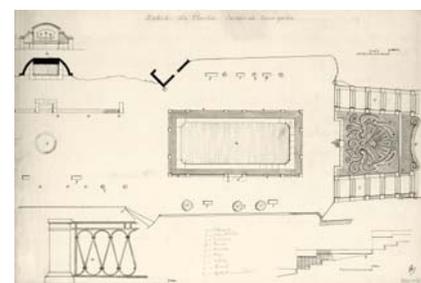
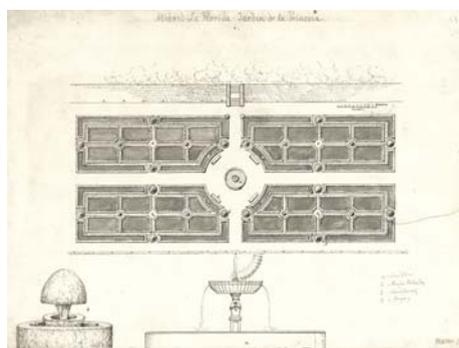
Jardín del Parterre dibujado por Winthuysen. Archivo del Jardín Botánico, sig. WintDib66 109.



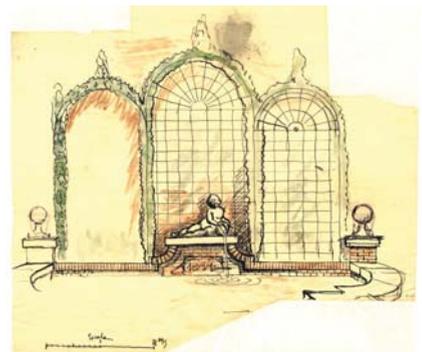
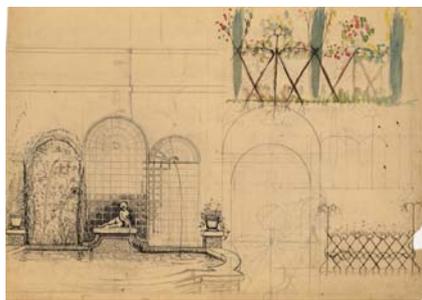
Jardín del Paso dibujado por Winthuysen. Archivo del Jardín Botánico, sig. WintDib66 110.



Jardín de la Piña y Jardín de la Princesa dibujados en marzo de 1919 por Winthuysen. Archivo del Jardín Botánico, sig. WintDib66 113 y 115.



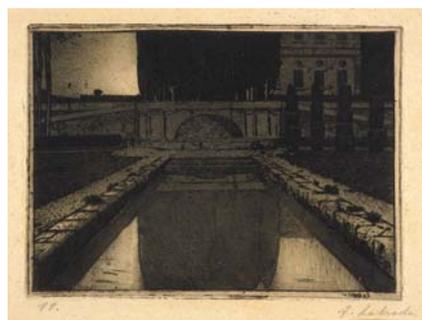
Jardín del Caño Gordo dibujado en marzo de 1919 por Winthuysen. Archivo del Jardín Botánico, sig. WintDib66 116.



Fuente adosada al muro en el jardín Bajo por Winthuysen. La figura del niño con un caracol era de mármol, provenía de una fuente antigua y se encontraba adornando la entrada principal del palacete de donde fue rescatada. Archivo del Jardín Botánico, sig. WintDib2 013r y 010.



Los jardines antes de la reforma. *Palacete de la Moncloa*. Fernando Labrada Martín. Aguafuerte. 1910. 22 x 29cm. Biblioteca Nacional, INVENT 78292.



Los jardines antes de la reforma. *Palacete con estanque*. Fernando Labrada Martín. Aguafuerte. 1911. 12 x 16cm. Biblioteca Nacional, INVENT 78243.

*Jardín romántico* es un fino grabado de Francisco Esteve Botes que lo trata como una acuarela. Realizado como 1ª prueba de Estado para la oposición a la Cátedra de Grabado de la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado. Reproduce la fuente lateral del jardín del Barranco y la rampa de bajada. Aguafuerte en plancha de zinc y tinta negra. 1932. 36 x 50cm. Biblioteca Nacional, INVENT 78556.



Diseño del jardín Alto por Winthuysen. Archivo del Jardín Botánico, sig. WintDib2 024r.



Jardín del Paso. Archivo del Jardín Botánico, sig. Div IX, 2, 18.



Vista del jardín Alto. Fotografía de Cortés. AGA, sig. 00655.



Rampa de bajada vista desde el jardín Bajo. Fotografía de Vide. AGA, sig. 00655.





Cuatro imágenes del jardín Bajo. Fotografías de Cortés, Antonio de Zárraga y Mas. AGA, sig. 00655 y 00187.



Inauguración del palacete por la infanta Isabel el 20 de junio de 1929. Asistieron el ministro de Instrucción Pública, el nuncio papal, el alcalde, el presidente de la Diputación, las duquesas de Medinaceli y Parcent, el duque de Alba, Ezquerria, Elías Tormo, Joaquín Enríquez y los arquitectos Luis Sáinz de los Terreros y Luis María Cabello Lapiedra, entre otras muchas personalidades. La comitiva pasa junto a la fuente circular del jardín Alto. Fotografía de Cortés. AGA, sig. 00655.

El jardín del Caño Gordo con su fuente, también llamada de las ranas. Fotografía de Videa. AGA, sig. 00655 y 00187.

El jardín del Caño Gordo en una postal coloreada de la época. SÁNCHEZ TERREROS, AMANN EGUIDAZU Y ALONSO DE MIGUEL, *Madrid en la tarjeta postal*, Getxo, Ed. Santurtzi, 1996.



Jardín de la Princesa. Fotografía de Díaz y Casariego. AGA, sig. 00655.

El jardín Bajo. Fotografía de Antonio de Zárraga. AGA, sig. 00187.

Fuente adosada del jardín Bajo. Fotografía de Antonio de Zárraga. AGA, sig. 00655.

Los jardines así restaurados, llamados entonces de la Moncloa, empezaron a ser más frecuentados por los madrileños como lugar de recreo, gracias a la belleza y frescor del lugar, su proximidad al barrio de Argüelles y a la existencia de una línea de tranvía que permitía un fácil acceso.

Ya desde 1902 funcionaba una línea de tranvía de vapor que iba desde San Antonio de La Florida hasta El Pardo, con un trazado muy pintoresco que transcurría por los Viveros, la Puerta de Hierro y la Fuente de la Reina<sup>55</sup>. Por otro lado se sabe que, hacia 1880, circulaba desde la Plaza de la Moncloa un tranvía de tracción animal que llevaba hasta la Escuela de Agricultura; este tramo se convirtió en 1905 en prolongación de la línea 22, que partía de Embajadores y pasaba

<sup>55</sup> Carlos LÓPEZ BUSTOS, *Tranvías de Madrid*, Madrid, Edimat, 1998, pág. 61.

Estación del tranvía del *stadium*, obra de Eduardo Torroja, 1933.



El puente del Aire, que permitía al tranvía cruzar el arroyo de Cantarranas a la altura de las copas de los árboles. Obra de Eduardo Torroja de 1933.



En la foto se puede apreciar el viaducto de los Quince Ojos detrás del puente del Aire. Este viaducto, de 130 metros de longitud por 35 de anchura, sigue permitiendo a los vehículos hoy en día el cruce del arroyo en la carretera de La Coruña. Los arcos más altos, actualmente semienterrados, tenían unos 30 metros de altura y un esbelto trazado, desfigurado al haberse habilitado el espacio inferior para almacenes. Obra de Eduardo Torroja de 1933.

<sup>56</sup> LÓPEZ BUSTOS, pág. 88.

<sup>57</sup> *Ibidem*, pág. 100.

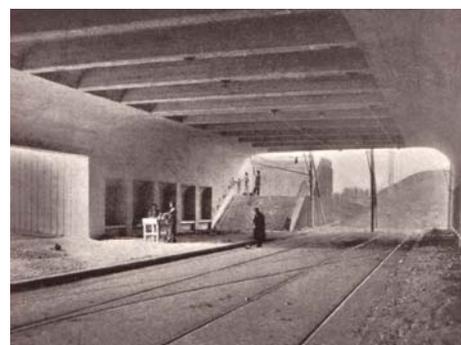
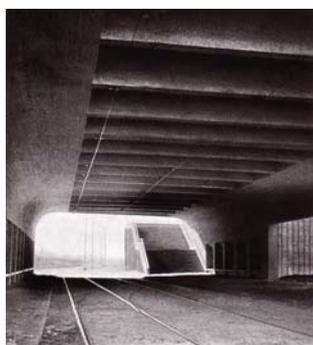
<sup>58</sup> *Ibidem*, págs. 113-114.

<sup>59</sup> Eduardo TORROJA. *Las Estructuras de Eduardo Torroja*, Madrid, Ministerio de Fomento, 1999, págs. 88-91.

<sup>60</sup> Eduardo TORROJA. «Los Viaductos de la Ciudad Universitaria», *Arquitectura*, 11-12, 1932, págs. 329-332.

<sup>61</sup> Pilar de VALDERRAMA, *Esencias. Poemas en prosa y verso*, Madrid, Caro Raggio, 1930, págs. 108-109.

<sup>62</sup> Pilar de VALDERRAMA, *Sí, soy Guiomar. Memorias de mi vida*, Barcelona, Plaza y Janés, 1981, pág. 159.



por la Puerta del Sol<sup>56</sup>. En noviembre de 1916 se inauguró la línea 41, que unía Santo Domingo con el Club de Puerta de Hierro, discurriendo por Moncloa y la Escuela de Agricultura, en cuyo jardín delantero se construyó una raqueta para los tranvías con remolque y desde donde partía una vía única que, salvando una fuerte pendiente, cruzaba el arroyo de Cantarranas y pasaba junto al palacete de la Moncloa; posteriormente, ya con doble vía, atravesaba la Granja de Castilla la Nueva y proseguía hacia el norte cruzando el arroyo de las Damas, bordeando el estanque del mismo nombre, hasta alcanzar el monte de El Pardo<sup>57</sup>.

Si siguiéramos la huella de aquel tranvía, nos encontraríamos con dos grandes obras de ingeniería, desconocidas hoy para muchos madrileños. Ambas surgieron de la necesidad, impuesta por las obras de la Ciudad Universitaria, de reformar su trazado en 1932, ya que habría cruzado repetidamente su avenida Principal —llamada luego de la República, y hoy carretera de La Coruña—. Se trazó entonces una nueva línea por el lado izquierdo de la avenida Principal —el opuesto al que se usaría después de la guerra civil—, doble en todo su recorrido, con curvas de mayor radio, suaves pendientes y sin pasos a nivel. Arrancaba en la plaza de la Moncloa y, bordeando el Parque del Oeste, llegaba hasta los campos de deportes, que contorneaba siguiendo la actual calle del Obispo Trejo, hasta entrar en la estación cubierta del *stadium*, aprovechando el talud del terreno<sup>58</sup>.

La primera de esas dos obras de ingeniería mencionadas es precisamente dicha estación de tranvía, construida en 1933 por Eduardo Torroja, que se encuentra actualmente bajo el cruce de la avenida Juan de Herrera con la calle Martín Fierro, frente a la entrada del Instituto Nacional de Educación Física (INEF). Se diseñó para facilitar el acceso de gran cantidad de personas a las nuevas instalaciones deportivas, pues dicho *stadium*, del que sólo se llegó a hacer la explanación del terreno, iba a tener capacidad para 65.000 espectadores; su enterramiento permitía el cruce a distinto nivel con la avenida de acceso y resolvía las circulaciones de peatones mediante rampas y escaleras. Se trata de una interesante solución, realizada con pórticos de hormigón armado de 13,5 metros de luz, con paredes y techo dispuestos para colaborar con los pórticos a compresión y situados en su intradós o en su trasdós según la necesidad del refuerzo, lo que se puede apreciar en la forma final<sup>59</sup>; la salida principal hacia el *stadium* la formaba una espectacular rampa que se abría al recinto deportivo. En la actualidad, esta singular obra de Torroja alberga un almacén de la Universidad Complutense.

La segunda obra de ingeniería es también de Torroja y de ese mismo año. Puesto que, en el recorrido del tranvía desde la estación hacia el palacete, había que salvar el arroyo de Cantarranas, Torroja diseñó el viaducto del Aire —ubicado en uno de los valles más hermosos de la ciudad<sup>60</sup>, según palabras del autor—, puente que se soportaba con dos arcos gemelos de 36 metros de luz y 18 de altura. Conformaba un singular paisaje en el que los tranvías cruzaban el valle entre la copas de los árboles y logró superar los años de la guerra, pese a haberse encontrado en primera línea del frente; sin embargo, cuando hacia finales de los años 60 se procedió al relleno del arroyo de Cantarranas, el puente quedó totalmente enterrado. Hoy en día se encuentra dentro del complejo de Presidencia del Gobierno.

Es muy posible que el tranvía fuera utilizado en alguna ocasión por Antonio Machado y Pilar de Valderrama, la famosa Guiomar, para acudir a sus citas secretas en el jardín que a ella le inspirara el poema *El Jardín de la Fuente*<sup>61</sup> —como nos recuerda Ian Gibson en *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*—, pues en las memorias de Pilar de Valderrama, *Sí, soy Guiomar*, aparece una fotografía de la fuente circular del jardín del Barranco<sup>62</sup>.



Cubiertas de *Esencias. Poemas en prosa y verso* y de *Sí, soy Guiomar. Memorias de mi vida*, de Pilar de Valderrama.



Imágenes de Antonio Machado y de la Fuente del Amor, publicadas en el libro *Sí, soy Guiomar, Memorias de mi vida*, pág. 159.

EL JARDÍN DE LA FUENTE  
(CANCIÓN TRISTE)

Hoy he vuelto a mi Jardín  
de la Fuente del Amor,  
que canta y cuenta sin fin  
su dolor...

El mismo banco de piedra  
donde los dos una tarde...  
Se enrosca a el alma la hiedra  
del recuerdo... ¡El pecho arde!

Pero estoy sola — es invierno—  
sentada en la piedra fría.  
Siento un escalofrío interno.  
¡No está su mano en la mía!

Dime, Fuente del Amor,  
¿dónde el que mi pecho añora  
se oculta?

... Del surtidor  
el agua, saltando, llora...

Mis labios están helados.  
Mis ojos miran sin ver,  
¡tan cansados!,  
este frío atardecer

en el Jardín de la Fuente.  
¡Como suena su canción  
— canción del Amado ausente—  
dentro de mi corazón!

La transformación que sufrió la zona con la urbanización de la Ciudad Universitaria, cambió radicalmente su aspecto y suscitó el rechazo de aquéllos que conocían y visitaban sus parajes. Xavier de Winthuysen escribió en 1931 un artículo, titulado «La tala del pinar de la Ciudad Universitaria», que empezaba:

Desde que comenzaron las desdichadas obras de la Ciudad Universitaria, destrozando bárbaramente el único parque natural con que contaba entonces Madrid, habíamos hecho el propósito de no volver por aquellos lugares, en uno de cuyos rincones habíamos puesto durante años todo el cariño, todo el trabajo y todo el ansia de que se es capaz un espíritu que tiene como religión el Arte y la Naturaleza...<sup>63</sup>



La Fuente del Amor en el día de la inauguración del palacete. En el centro con los sombreros en la mano, se encuentran Ezquerro y Elías Tormo. AGA. Fondo Alfonso, sig. 23397.



La Fuente del Amor. Archivo del Jardín Botánico, sig. Div IX, 2, 09.

<sup>63</sup> Xavier de WINTHUYSEN. «La tala del pinar de la Ciudad Universitaria», *Crisol de Madrid*, 15 de julio de 1931.



El jardín del Barranco con La Fuente del Amor.  
Fotografía de Vide. AGA, sig. 00655.



Fachada de la mantequería en el jardín Alto.  
Archivo del Jardín Botánico, sig. Div IX, 2, 12.

En la página siguiente las trincheras de la Ciudad Universitaria, según dos planos militares del Archivo General Militar de Ávila. Arriba a la derecha, hemos marcado las mismas trincheras en dos colores sobre una fotografía aérea de 1939-1940, del Centro Cartográfico y Fotográfico del Ejército del Aire.

De forma similar, Manuel Azaña describió en sus diarios el pesar que le embargó tras visitar las obras el 8 de noviembre de 1931:

Esta mañana a las once ha venido a buscarme el doctor Negrín, secretario de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria. Ahora presido yo esta junta, como jefe del Gobierno. Me ha llevado a visitar las obras. La mañana era muy fría, con mucho viento. Hemos ido en un cochecillo minúsculo, en el que apenas cabíamos los dos.

Hace año y medio que yo no iba por aquellos lugares, y desconocía lo que han adelantado las obras. Mi sorpresa ha sido grande cuando al llegar al final de la calle de la Princesa me he encontrado con la desolación de la Moncloa destruida. De aquel punto arrancaba un paseo de pinos viejos, tortuoso y rústico, hasta la escuela antigua de ingenieros.

Toda esta parte de la Moncloa, con el paisaje hasta el río, era bellísimo, dulce, elegante; lo mejor de Madrid. Ya no queda nada: «una gran avenida», rasantes nuevas, el horror de la urbanización.

Yo veía con gusto que se hiciese la Ciudad Universitaria; pero no podía imaginar, que en esta parte anterior de la Moncloa fueran a hacer tamaño destrozo. Ni podía imaginarme tampoco que la destrucción me causara tristeza; porque realmente he estado triste toda la mañana y aún ahora no se me ha pasado la impresión. ¡Cuántas tardes de otoño pasadas en aquel lugar!. Su punto perfecto era el otoño. Finura, suavidad, grises admirables. Y aquella luz serena, cariciosa, melancólica. Si Madrid fuese un pueblo artista no se hubiera dejado quitar la Moncloa; pero aquí se pasaron semanas entonando trenos cursis y madrileñistas por el derribo del teatro de Apolo y nadie ha hecho, que yo sepa, la elegía de la Moncloa.

Hoy he advertido cuanto me gustaba. Allí aprendí yo a emocionarme ante el paisaje. Dentro de quince o veinte años será aquello sin duda muy hermoso; no lo dudo: parques, arboledas, etcétera. Pero el candor luminoso y la elegante rustiquez de la Moncloa abandonada, ¿Quién nos los devolverá! Y los que no la han conocido no sabrán nunca lo que Madrid ha perdido.

De la Ciudad Universitaria he visto cuatro o seis enormes edificios en construcción; masas rojizas y grises, como de cuarteles y fábricas. Ignoro lo que saldrá de todo ello.

El doctor Negrín ya piensa en colocar en la Casa de Campo la Escuela de Montes y no sé qué otro establecimiento. Es fatal. Y después, o al mismo tiempo, El Pardo. De aquí a medio siglo, Madrid se habrá quedado sin nada de lo bueno que tiene. Por suerte, yo no lo veré<sup>64</sup>.

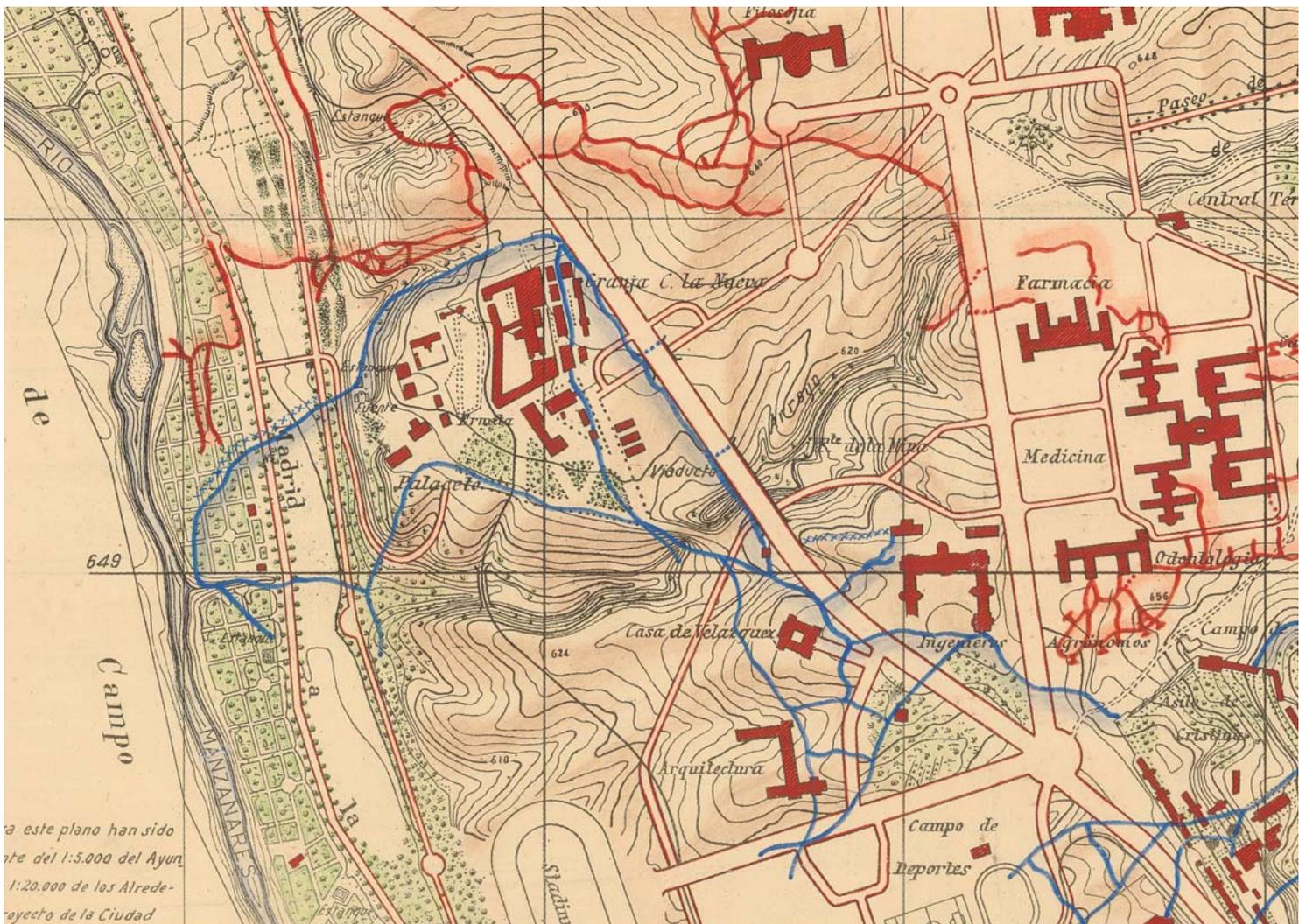
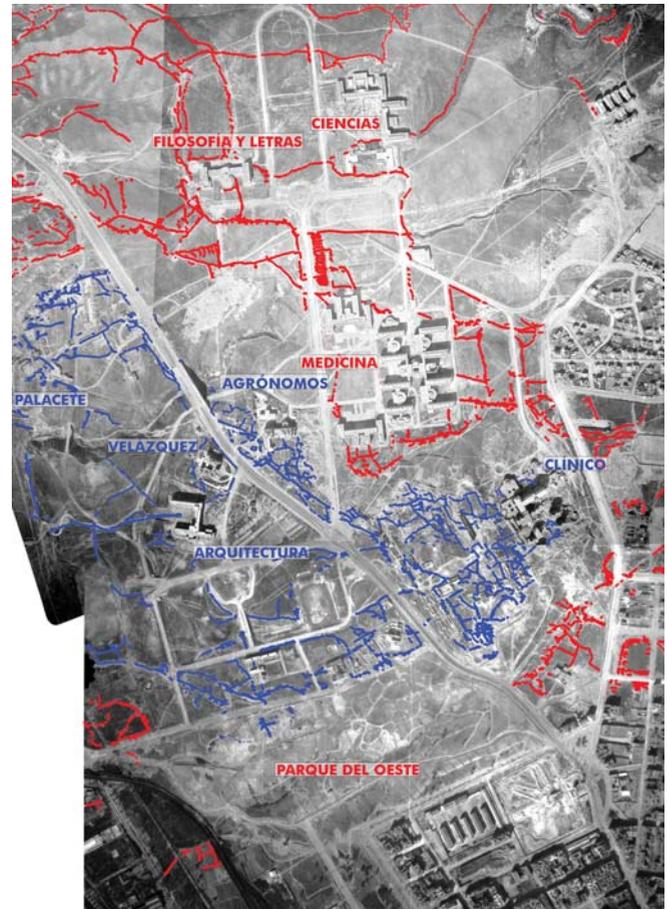
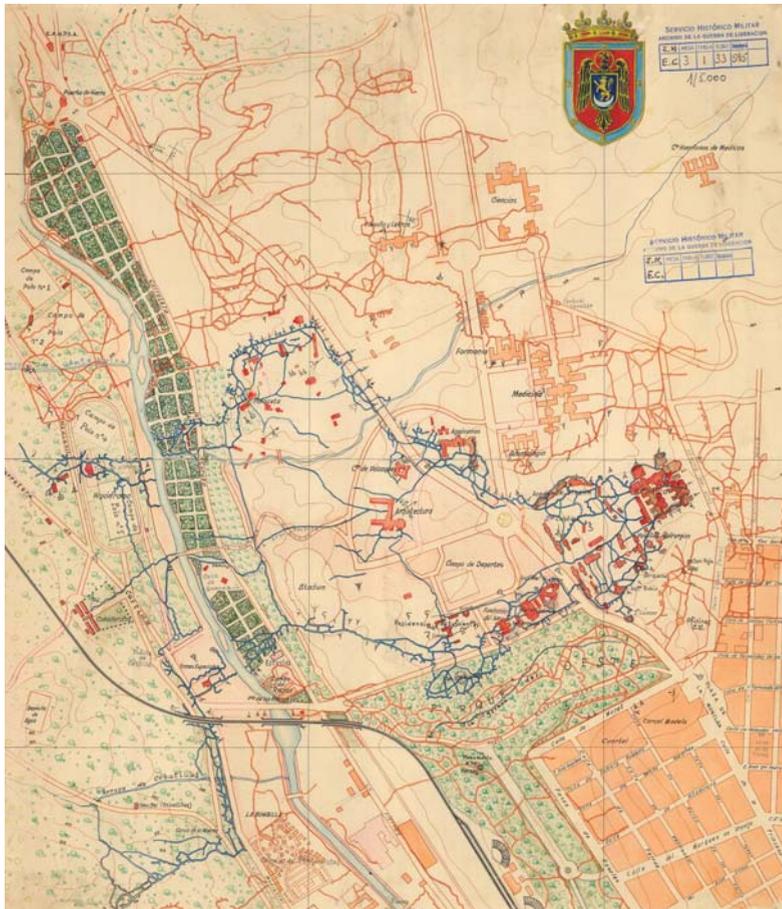
Las obras de la Ciudad Universitaria siguieron adelante y, al llegar el verano del año 1936, se encontraban terminados ya varios edificios, con todo su mobiliario instalado, aguardando su inauguración en otoño junto con el nuevo curso. Pero en julio de ese aciago año, una parte del ejército se sublevó contra el Gobierno y, al fracasar el golpe en las principales ciudades, dio comienzo la guerra civil española. El palacete que fuera tan cuidadosamente restaurado, como apreciamos en las páginas de *Ezquierda*, se convertiría en testigo directo de la barbarie que asolaría España y a la que acabaría sucumbiendo.

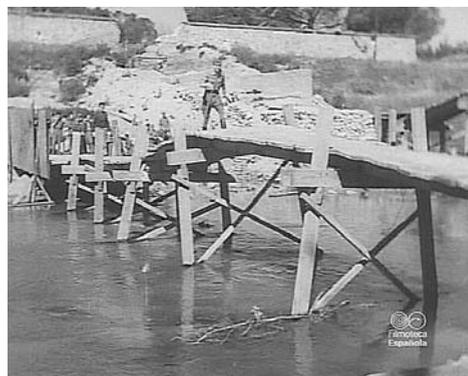
Desde el sur, las tropas sublevadas fueron acercándose a Madrid en un avance sin pausa, tan sólo frenado durante unos días por el empeño de Franco en acabar con el asedio del emblemático Alcázar de Toledo. Se trataba de las columnas del general Varela, encuadradas en el «Ejército del Norte», al mando del general Mola, con un primer escalón de tropas de asalto formadas casi exclusivamente por fuerzas moras y del tercio. El día 6 de noviembre de 1936, cinco columnas —las de Asensio, Barrón, Delgado, Castejón y Tella— se hallaban preparadas para entrar en Madrid; esa misma noche el Gobierno abandonó la ciudad, cuya caída se suponía inminente, dejándola en manos de los generales Miaja y Pozas. Sin embargo, al día siguiente, la suerte hizo que los republicanos descubrieran, en un carro de combate abatido, la Orden General de Operaciones para la toma de Madrid, que indicaba que el ataque no se lanzaría por el sur, como se esperaba, sino por la Casa de Campo. Ello permitió al general Vicente Rojo la reorganización de las escasas tropas republicanas, lo que, junto al apoyo valeroso de milicianos voluntarios, muchos de ellos desarmados, impidió la caída de la ciudad, que ya daban por segura los corresponsales extranjeros y sus embajadas.

Con la llegada de algunos refuerzos, entre los que se encontraba la XI Brigada Internacional, pudo mejorar algo la eficacia defensiva, pero poco a poco los atacantes iban ganando terreno. En la tarde del 9 de noviembre se luchó encarnizadamente en el puente Nuevo o de Castilla, junto al puente del ferrocarril de los Franceses, donde varios batallones internacionales tuvieron su bautismo de fuego y, aunque algunas unidades atacantes lograron cruzar el río Manzanares, el batallón Edgar André consiguió reconquistar el puente.

El 15 de noviembre fue la fecha de la ofensiva definitiva lanzada para cruzar el río, llevada a cabo por las columnas de Asensio y Delgado, tomando como base de partida la Casa de Firmes

<sup>64</sup> Manuel AZAÑA, *Obras Completas*, Tomo 3, pág. 810, Madrid, Ministerio de la Presidencia, 2007.





Fotogramas de la película *Ciudad Universitaria*, con guión de Edgar Neville y rodada por García Viñolas, jefe del Servicio Nacional de Cinematografía del Gobierno de Franco y locutor en la película. En la primera imagen de esta página aparece el grupo de rodaje cruzando de uno en uno la Pasarela de la Muerte. A continuación distintas imágenes del palacete, algunas tomadas desde el jardín del Barranco. Por último imágenes del puente del Aire y de los soldados en los jardines lavándose en la fuente circular y pelando patatas. Son similares a las fotografías que aparecen en la página siguiente, tomadas desde otro punto de vista. La fuente circular es la Fuente del Amor de Guiomar y Machado. Filmoteca Española.

Especiales en la carretera de Castilla –dos días antes, la columna de Asensio ya había tomado el cerro Garabitas y alcanzado el río a lo largo de unos mil metros frente al *stadium* y el palacete<sup>65</sup>–. Tras una fuerte preparación del ataque, iniciada desde el alba con bombardeo artillero y aéreo, los republicanos se vieron obligados a dinamitar el puente Nuevo; un poco más al norte, a menos de 500 metros del palacete, la infantería rebelde intentó cruzar el río una y otra vez; finalmente, a punto de echarse ya la noche encima, un grupo de unos 16 tanques rebeldes asomó a través de dos boquetes abiertos en las tapias de la Casa de Campo, y se dejaron resbalar por la pendiente del cauce, pero terminaron embarrancados en el lecho. Sin embargo, Asensio estaba decidido a cumplir la orden de Yagüe, a quien había llegado a responder «mañana pasaré el río con carros o sin carros», y ordenó entonces que atacaran las tropas de infantería del II y III Tabor de Alhucemas que, con el agua a media pierna, consiguieron al fin llegar a la otra orilla, ante la desesperación de los defensores, que huyeron en desbandada; las tropas moras lo aprovecharon y a la carrera alcanzaron el *stadium* y ocuparon la Escuela de Arquitectura, en donde pasaron la noche mientras se levantaba una pasarela provisional sobre el río.

El día 16, los rebeldes consiguieron tomar la Casa de Velázquez, que fue defendida hasta la muerte por soldados del batallón Dombrowski, y la Escuela de Ingenieros Agrónomos, defendida por fuerzas de Durruti; el día 17, las tropas de Asensio ocuparon el Asilo de Santa Cristina y atacaron el Clínico, donde se libró una lucha encarnizada planta por planta; al mismo tiempo, la columna de Delgado se hizo con la Fundación del Amo, la Residencia de Estudiantes y el Instituto de Higiene. El día 20 –día de la muerte de Durruti–, Asensio ocupó el palacete de la Moncloa, que ya no abandonaría hasta el final de la guerra.

<sup>65</sup> Para más información y referencias véase Juan Antonio GONZÁLEZ CÁRCELES, «El Frente de la Ciudad Universitaria», *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República*. Madrid, SECC, COAM, Ayuntamiento de Madrid, 2008, págs. 552-573.

Fotografías tomadas durante el rodaje de la película *Ciudad Universitaria* en las fortificaciones franquistas del palacete de la Moncloa. 19 de mayo de 1938. Biblioteca Nacional, Guerra Civil, caja 61.



Fachada principal del palacete destruido.



Esquina derecha de la fachada principal.



El jardín Alto: la fuente central ha sido atravesada por una trinchera, que también cruza la escalera que subía al palacete. Al fondo, la casa de Oficios.



Parte baja del jardín del Barranco. Arriba se aprecia la fachada posterior del palacete.



El jardín del Barranco con la rampa de bajada. En lo alto, la casa de Oficios y, a la derecha, el palacete.



El jardín del Barranco, detrás la casa de Oficios y el palacete.



Los soldados lavan en la fuente circular del jardín del Barranco.



La cámara de cine en el jardín del Barranco; aparecen García Viñolas, el teniente coronel Fernández Virto y el comandante Gutiérrez Cano.



Soldados en una trinchera de los jardines.



El puente del Aire.



Soldados en los jardines.



Soldados en los jardines pelando patatas.



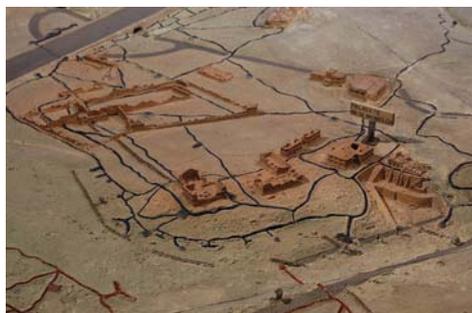
Fortificaciones junto a la actual carretera de La Coruña, reconocible por el puente a la derecha, que hoy sigue en uso.



Fortificaciones junto a la actual carretera de La Coruña. Al fondo, la casa de Velázquez.



Maqueta que refleja el estado de la Ciudad Universitaria al final de la Guerra Civil. 527 x 412 x 50cm. Realizada en 1943 por Ángel Ordóñez Tuero con escayola, alambre y pigmento, restaurada en 2008. Propiedad del Museo del Ejército, cedida en préstamo al Consorcio Urbanístico de la Ciudad Universitaria, se encuentra depositada en el actual Museo del Traje. Fotografías tomadas durante su última exposición con motivo del 75 aniversario de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.



Apenas tres días después, Franco decidió en Leganés detener los ataques directos y proceder a aislar Madrid mediante maniobras envolventes; la primera de ellas tuvo lugar en diciembre con la Batalla de la carretera de La Coruña, continuó después, en febrero de 1937, con la Batalla del Jarama y, finalmente, en un último intento de marzo de 1937, con la Batalla de Guadalajara. Mientras, en la ciudad el frente quedó estabilizado y así permaneció, sin apenas cambios, hasta el final de la guerra, habiéndose convertido la recién terminada Ciudad Universitaria en primera línea de fuego del asedio de Madrid.

El palacete se hallaba en el flanco izquierdo de la zona ocupada, donde la actual carretera de la Coruña marcaba la tierra de nadie. Al otro lado, a escasos 300 metros, el general Kléber mantuvo, hasta su relevo, el Cuartel General de la XI Brigada Internacional en la Facultad de Filosofía y Letras; también los edificios de Farmacia, Medicina y Odontología se mantuvieron en manos republicanas hasta el final de la guerra.

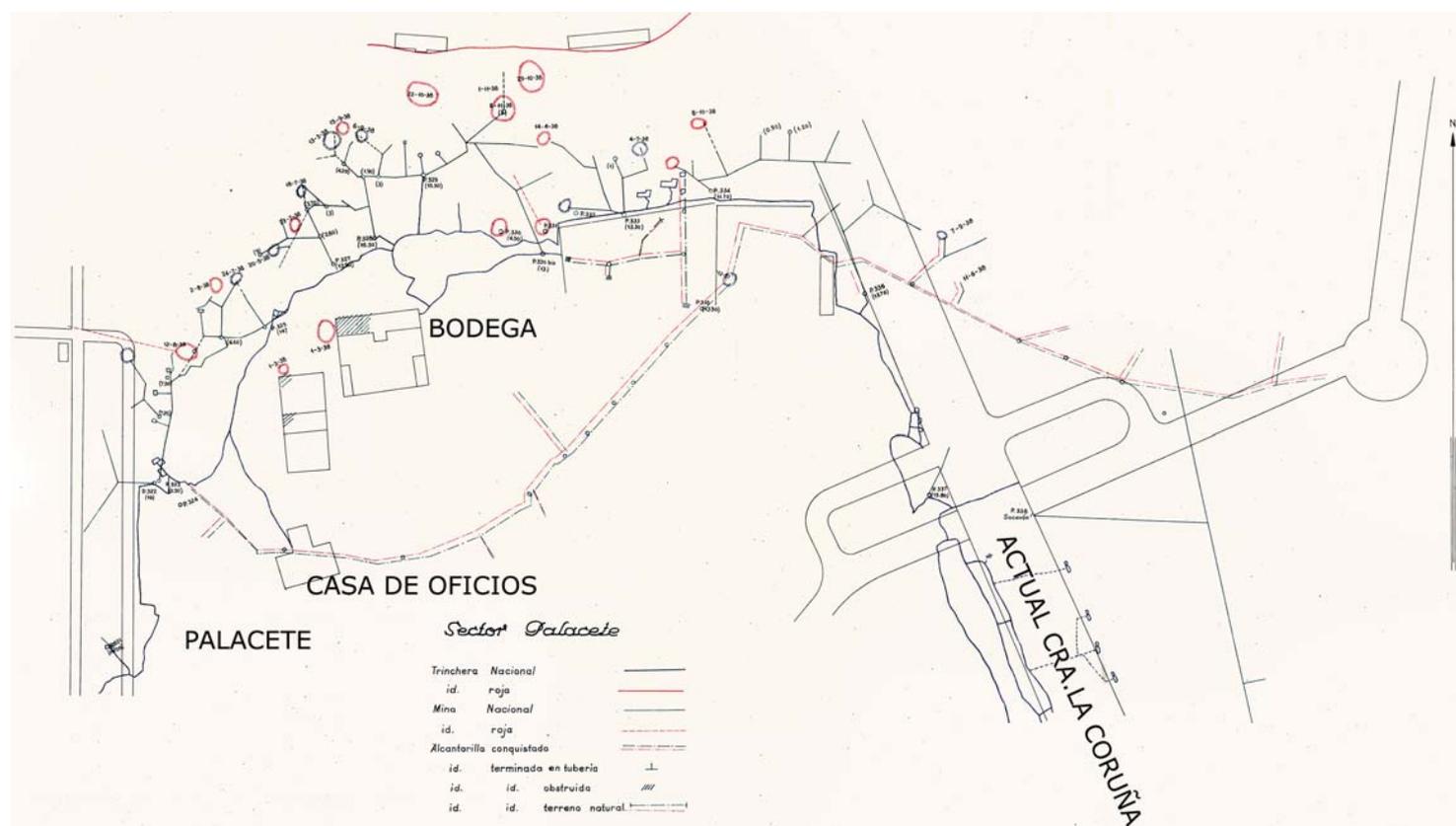
Conservar sus posiciones era fundamental para las dos partes; por un lado, los republicanos debían proteger el acceso a la ciudad por el norte, que ya fue objetivo de un ataque envolvente lanzado por los rebeldes en diciembre de 1936. Dicho ataque no prosperó, pero logró cortar la carretera de la Coruña desde Las Rozas hasta la cuesta de Las Perdices, lo que permitió a los atacantes dominar esa parte de la ribera derecha del Manzanares situada frente a la zona boscosa del Pardo, defendida por los republicanos y en la que aún hoy perduran los restos de fortificaciones defensivas. Por otro lado, para los atacantes resultaba vital conservar el flanco del palacete, junto al que se hallaba la llamada Pasarela de la Muerte, único vínculo de unión con su retaguardia. Por ese pequeño paso sobre el río Manzanares, batido desde el sur y desde el norte por los republicanos, llegaban las provisiones y se evacuaban los heridos.

Aunque se conservan algunas fotografías de la zona en esa época, el documento más relevante que ha llegado hasta nosotros es una película, *Ciudad Universitaria*, rodada por García Viñolas el 19 de mayo de 1938, con guión de Edgar Neville, en la que, partiendo de la Pasarela de la Muerte, se van mostrando fortificaciones y ruinas de la Ciudad Universitaria. En sus escenas aparecen ropas tendidas ante las ruinas del palacete, destrozadas casi todas las fuentes del jardín del Barranco –la del jardín Alto, literalmente atravesada por una trinchera–, en el que, junto a los viejos muros, muy tocados por el fuego de la artillería, tan sólo perdura la fuente circular –la Fuente del Amor de Guiomar y Machado–; en ella vemos lavar a los soldados, que pelan patatas o recogen madera junto al espectacular Puente del Aire de Eduardo Torroja.

Con la estabilización del frente se iniciaron el reforzamiento de trincheras y la construcción de fortificaciones. Las tropas de ambos bandos se hallaban separadas por apenas 50 metros en el frente del palacete, por lo que los republicanos comenzaron a excavar minas sirviéndose de los colectores de agua existentes, para poder aproximarse al enemigo con explosivos, como ya hicieron durante el asedio del Alcázar de Toledo. De este mismo modo lograron socavar los cimientos de las estructuras de hormigón del Hospital Clínico, colapsando parte del mismo, y esta forma de lucha se fue extendiendo a todo el frente, como refleja el libro del Servicio Histórico Militar *La Guerra de Minas en España, 1936-1939*, en el que se consignan datos de voladuras, tanto de minas como de contraminas<sup>66</sup>, en todo el frente de Madrid, especialmente en la Ciudad Universitaria. Entre los datos que aparecen de la zona del palacete, que abarcan desde junio de 1937 hasta septiembre de 1938, destaca uno especialmente, el relativo a la voladura que tuvo lugar a las 11:35h del 1 de marzo de 1938:

<sup>66</sup> SERVICIO HISTÓRICO MILITAR. *La Guerra de Minas en España, 1936-1939*, Madrid, Servicio Histórico Militar, 1948, págs. 100-129.

<sup>67</sup> *Ibidem*, pág. 118.



En la bodega del palacete, con una carga aproximada de 10 toneladas en sentido lineal, que hace que se corra el monte donde está asentado este edificio, el cual queda destruido completamente, así como la casa almacén y los chalets que hay inmediatos, llegando los efectos al Puesto de Mando de la media Brigada. El enemigo cañonea intensamente dicha posición, haciendo difícil que se pueda acudir en socorro de los 65 enterrados del sexto Tabor de Alhucemas y Batallón de Toledo, a pesar de lo cual se pudieron salvar casi todos, entre ellos el Capitán que mandaba el Batallón. Resultaron 15 muertos<sup>67</sup>.

Se trataba de la bodega de la Sección Enológica de la Granja de Castilla la Nueva. No parece que para acceder a la zona se utilizara el camino más directo, el que discurría por el antiguo colector de Cantarranas, que canalizaba las aguas del colector de la dehesa de la Villa, pues aparece señalado en varios planos militares «nacionales» como conquistado. Según se aprecia en los planos adjuntos, el ataque provino del barranco situado más al norte del palacete, próximo al Palomar, que se hallaba en manos republicanas y permitía el acceso a la red de colectores del estanque próximo, el llamado «de las Palomas».

Una vez acabada la contienda, dio comienzo la reconstrucción de los edificios universitarios; los primeros que se terminaron fueron inaugurados con gran solemnidad el 12 de octubre de

Los tres planos son de la zona del palacete. El superior muestra un edificio con forma de T que es la casa de Oficios, desde allí hasta más allá de la carretera de La Coruña, a la derecha, aparecen dos líneas discontinuas roja y verde que, según la leyenda del plano, indican «alcantarilla conquistada», se trata del colector de Cantarranas. Un poco más al norte se encuentra la Bodega, señalada con un círculo rojo y con la fecha del día en que explotó la mina: 1.3.1938. Se han añadido rótulos junto a los edificios. **SERVICIO HISTÓRICO MILITAR. La Guerra de Minas en España, 1936-1939.** Los planos inferiores son superponibles y están girados 180° para respetar la orientación del plano superior. En los dos se aprecian las explosiones junto a la bodega y el edificio colindante, que era el Lazareto. Hay más explosiones, todas ellas sobre el arroyo que queda al norte del palacete. Aparecen dibujados la casa de Labor, la Bodega, el Palomar, el Lazareto y la fuente del Caño Gordo. Archivo General Militar de Ávila.

En el plano se puede apreciar el nuevo edificio, junto al arroyo de Cantarranas y el puente del Aire. Plano topográfico y parcelario. Ayuntamiento de Madrid, 1955.

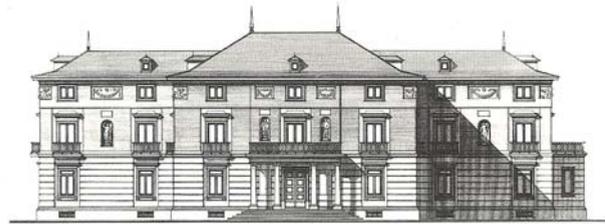


Construcción del nuevo Palacio de la Moncloa, 23 de agosto de 1949. Fotografía de Contreras. AGA, sig. 1438.

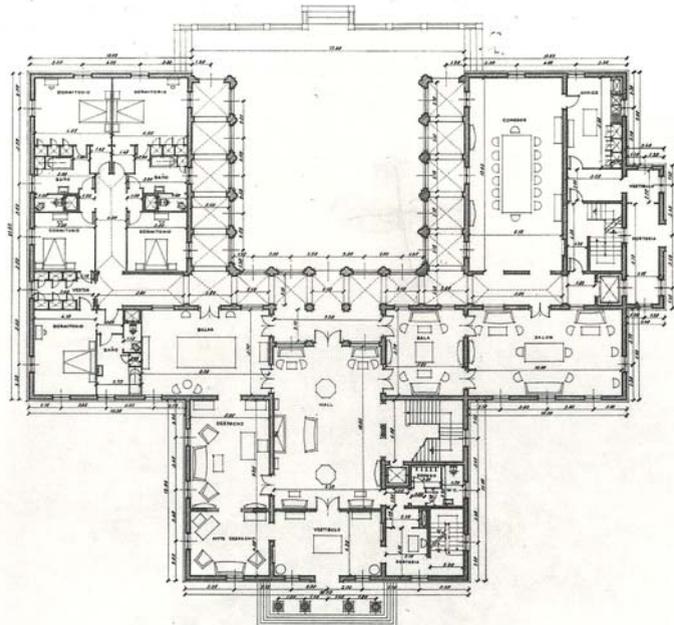


El Palacio de la Moncloa, 24 de junio de 1955. Fotografía de Contreras. AGA, sig. 1438.

Planta de honor y alzado principal del nuevo Palacio de la Moncloa. *La Ciudad Universitaria de Madrid*, Madrid, COAM, 1988.



PROYECTO DE RESIDENCIA PARA PERSONALIDADES NACIONALES Y EXTRANJERAS





Fachada principal del actual Palacio de la Moncloa. 2009.

Jardín Bajo del actual Palacio de la Moncloa, con la fuente circular de Guiomar y Machado. 2009.



Jardín Alto del actual Palacio de la Moncloa, con los muros de la antigua mantequería y la entrada a «la bodeguia». 2009.

Interior de «la bodeguia». 2009.

1943 «día de la raza», ese mismo día se expusieron diversas maquetas en el Pabellón de Gobierno de la Ciudad Universitaria, entre las que destacaban dos de mayor tamaño: una presentaba el desarrollo del proyecto ya iniciado; la otra, que sigue siendo fuente de valiosa información, mostraba el estado en que quedaron sus edificios al finalizar la guerra, incluyendo las trincheras de ambos bandos.

En 1948 el arquitecto Diego Méndez realizó un proyecto historicista, al estilo dieciochesco de la casita del Labrador de Aranjuez, para construir un nuevo palacio en el solar que ocupara el antiguo palacete. Este nuevo Palacio de la Moncloa, concluido en 1953, fue levantado como «Residencia para personalidades nacionales y extranjeras» y empezó a ser utilizado desde entonces para visitas protocolarias de aquellos jefes de Estado y otras personalidades que visitaban Madrid. La planta del nuevo edificio dejaba un patio interior abierto que fue cerrado en 1970, con ocasión de la visita de Nixon, para crear un salón de recepciones, el actual «salón de columnas».

Cuando, a finales de los años sesenta, se procedió a rellenar el arroyo de Cantarranas en su totalidad, desde la avenida Complutense hasta la Senda del Rey, quedó desgraciadamente sepultado el espectacular puente del Aire, junto con buena parte de los pilares del viaducto de los Quince Ojos; desaparecieron los bellos jardines, que una vez rodearon el palacete, donde sin embargo perduró la vieja fuente de Guiomar y Machado, resguardada por los gruesos muros del jardín del Barranco, que ya la protegieron en el pasado.

En 1977, razones de seguridad y comodidad aconsejaron el traslado de la Presidencia del Gobierno al nuevo Palacio, desde la sede que ocupaba entonces en el paseo de la Castellana, siendo presidente Adolfo Suárez. Parece que fue uno de sus hijos quien descubrió jugando, cubiertos por la maleza, los muros de la antigua mantequería<sup>68</sup>, que años más tarde Felipe González convertiría en «la bodeguia».

En 1986 Patrimonio Nacional contó con Carmen Añón para realizar una reconstrucción parcial del jardín del Barranco, recuperando los bancos que rodeaban la fuente circular y los parterres de boj con sus trazados de dibujos barrocos, en un loable esfuerzo por recrear el diseño original de Winthuysen.

Una progresiva urbanización fue forzando el olvido, al tiempo que enterrando los vestigios, de lo que antaño fuera un rústico paraje; hoy en el entorno aguardan el viaducto sepultado y la vieja fuente renovada, testigos de una época que una vez colocó a España en la vanguardia de Europa y que hoy merece nuestro recuerdo.



Fotografía tomada durante la construcción en 1967 del Centro de Restauraciones Artísticas –hoy sede del Instituto del Patrimonio Cultural de España–, detrás se observa el Viaducto del Aire, que aún no ha sido enterrado. DVD *El Autor enseña su obra, vol.3 Higuera y Miró*, Madrid, COAM, ETSAM, 2000.



El viaducto de los Quince Ojos de Eduardo Torroja en la actualidad. Sólo quedan libres dos de sus «ojos» para el paso inferior de vehículos, otros tres están ocupados por la UCM, nueve por el Ministerio de Fomento y el último por el Ayuntamiento de Madrid.

<sup>68</sup> FERNÁNDEZ TALAYA, pág. 358.



